

**Audiolibro La Fortuna De Los
Rougon Mile Zola Cap Tulo V**

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Jenna Boolman (*Fredericksburg*)** - - - - Capítulo 5. A lo lejos se extendían las carreteras todas blancas de luna. La banda insurrecta, en la campiña fría y clara, prosiguió su marcha heroica. Era como una ancha corriente de entusiasmo. El soplo de epopeya que arrastraba a Miette y Silvère, esos niños grandes ávidos de amor y libertad, atravesaba también con una generosidad santa las vergonzosas comedias de los Macquart y de los Rougon. La alta voz del pueblo bramaba, a intervalos, entre las habladurías del salón amarillo y las diatribas del tío Antoine. Y la farsa vulgar, la farsa innoble, giraba hacia el gran drama de la historia. Al salir de Plassans, los insurgentes habían tomado el camino de Orchères. Debían llegar a esa ciudad hacia las diez de la mañana. La carretera remonta el curso del Viorne, siguiendo a media ladera los recodos de las colinas al pie de las cuales corre el torrente. A la izquierda, la llanura se ensancha, inmensa alfombra verde, salpicada de trecho en trecho por las manchas grises de los pueblos. A la derecha, la cadena de Les Garrigues alza sus picos desolados, sus campos de piedras, sus bloques de color herrumbre, como enrojecidos por el sol. El camino real, formando calzada por el lado del río, pasa en medio de rocas enormes, entre las cuales se muestran, a cada paso, trozos de valle. Nada más salvaje, mas extrañamente grandioso que esta carretera cortada en el mismo flanco de las colinas. De noche, sobre todo, esos lugares tienen un horror sagrado. Bajo la luz pálida, los insurgentes avanzaban como por la avenida de una ciudad destruida, teniendo a los dos lados vestigios de templos; la luna hacía de cada peña un fuste de columna truncada, un capitel derribado, una muralla horadada por misteriosos pórticos. En lo alto, la masa de Les Garrigues dormía, apenas blanqueada por un tono lechoso, semejante a una inmensa ciudad ciclópea cuyas torres, obeliscos, casas de altas terrazas, hubieran ocultado la mitad del cielo; y, al fondo, del lado de la llanura, se ahondaba, se ensanchaba un océano de claridades difusas, una extensión vaga, sin límites, donde flotaban lienzos de luminosa niebla. La banda insurrecta habría podido creer que seguía una calzada gigantesca, un camino de ronda construido al borde de un mar fosforescente y que giraba en torno a una Babel desconocida. Esa noche, el Viorne, bajo las rocas de la carretera, retumbaba con voz ronca. En el continuo fragor del torrente los insurgentes distinguían agrios lamentos de rebato. Los pueblos dispersos por el llano, al otro lado del río, se sublevaban, tocando a alarma, encendiendo hogueras. Hasta la mañana, la columna en marcha, que un fúnebre tañido parecía seguir en la noche con tintineo obstinado, vio así la insurrección correr a lo largo del valle como un reguero de pólvora. Las hogueras manchaban la sombra con puntos sangrantes; llegaban cantos remotos, en débiles ráfagas; toda la vaga extensión, ahogada bajo los vahos blanquecinos de la luna, se agitaba confusamente, con bruscos estremecimientos de cólera. Durante muchas leguas el espectáculo siguió siendo el mismo. Aquellos hombres, que marchaban con la ceguera de la fiebre que los acontecimientos de París habían infundido en el corazón de los republicanos, se exaltaban con el espectáculo de aquella larga franja de tierra sacudida por entero por la revuelta. Embriagados con el entusiasmo del levantamiento general con el que soñaban, creían que Francia los seguía, se imaginaban ver, al otro lado del Viorne, en el inmenso mar de claridad difusa, interminables filas de hombres que corrían, como ellos, a defender a la República. Y su espíritu rudo, con esa ingenuidad y esa ilusión de las multitudes, concebía una victoria fácil y segura. Habrían cogido y fusilado como traidor a quienquiera que les hubiese dicho, en ese momento, que eran los únicos en tener la valentía del deber, mientras que el resto del país, aplastado de terror, se dejaba cobardemente agarrotar. Sacaban también una continua incitación al valor de la acogida que les tributaban los escasos villorrios edificados en la pendiente de Les Garrigues, al borde del camino. En cuanto se acercaba el pequeño ejército, los habitantes se levantaban en masa; las mujeres acudían a desearles una pronta victoria; los hombres, semivestidos, se unían a ellos, tras haber cogido el primer arma que tenían a mano. Era, en cada pueblo, una nueva ovación, gritos de bienvenida, adioses largamente repetidos. Hacia el amanecer, la luna desapareció tras Les Garrigues; los insurgentes prosiguieron

su rápida marcha en la densa oscuridad de una noche de invierno; ya no distinguían ni el valle ni las laderas; oían solamente las secas quejas de las campanas, tañendo en el fondo de las tinieblas, como tambores invisibles, ocultas no sabían dónde, y cuyas desesperadas llamadas los azotaban sin tregua. Mientras tanto, Miette y Silvère marchaban con el arrebató de la banda. Hacia el amanecer la joven estaba rota de cansancio. Sólo avanzaba ya a pasitos apresurados, sin poder seguir las grandes zancadas de los mocetones que la rodeaban. Pero ponía todo su valor en no quejarse; le habría costado demasiado confesar que no tenía la fuerza de un muchacho. Ya en las primeras leguas Silvère le había dado el brazo; después, viendo que la bandera se deslizaba poco a poco de sus manos rígidas, había querido cogerla, para aliviarla; y ella se había enfadado, le había permitido solamente sostener la bandera con una mano, mientras continuaba llevándola al hombro. Conservó así su actitud heroica con una testarudez de criatura, sonriendo al joven cada vez que éste le lanzaba una mirada de inquieta ternura. Pero cuando la luna se ocultó, se abandonó en la oscuridad. Silvère la notaba cada vez más pesada, colgando de su brazo. Tuvo que llevar la bandera y ceñirla del talle, para impedir que cayera al suelo. Ella seguía sin quejarse. -¿Estás muy cansada, mi pobre Miette? - le preguntó su compañero. -Sí, un poco cansada -respondió con voz ahogada. -¿Quieres que descansemos? Ella no dijo nada, pero él comprendió que vacilaba. Entonces confió la bandera a uno de los insurgentes y salió de las filas, casi llevando a la niña en sus brazos. Ella se debatió un poco, estaba confusa al verse tan cría. Pero él la calmó, le dijo que conocía un atajo que acortaba el camino a la mitad. Podían descansar una hora larga y llegar a Orchères al mismo tiempo que la banda. Eran entonces alrededor de las seis. Una ligera niebla debía de subir del Viorne. La noche parecía espesarse aún más. Los jóvenes treparon a tientas a lo largo de la pendiente de Les Garrigues, hasta una roca, en la cual se sentaron. En torno a ellos se ahondaba un abismo de tinieblas. Estaban como perdidos en la punta de un arrecife, por encima del vacío. Y en ese vacío, cuando se hubo perdido el sordo retumbar del pequeño ejército, no oyeron sino dos campanas, una vibrante, que sonaba sin duda a sus pies, en algún pueblo edificado al borde del camino, otra alejada, apagada, que respondía a los febriles lamentos de la primera con lejanos sollozos. Se hubiera dicho que las campanas se contaban, en la nada, el fin siniestro de un mundo. Miette y Silvère, caldeados por la rápida carrera, no sintieron al principio el frío. Guardaron silencio, escuchando con indecible tristeza aquellos toques de rebato con los que se estremecía la noche. Ni siquiera se veían. Miette tuvo miedo; buscó la mano de Silvère y la retuvo en la suya. Tras el impulso febril que durante horas acababa de sacarlos de sí mismos, con el pensamiento perdido, esta brusca detención, esta soledad en la que se encontraban uno al lado del otro los dejaban quebrantados y sorprendidos, como despertados con sobresalto de un sueño tumultuoso. Les parecía que una ola los había arrojado al borde del camino y que el mar se había retirado a continuación. Una reacción invencible los sumía en un estupor inconsciente; olvidaban su entusiasmo; ya no pensaban en aquella tropa de hombres a la que debían unirse; estaban entregados al triste encanto de sentirse solos, en medio de la sombra feroz, cogidos de la mano. -¿No me guardas rencor? -preguntó por fin la joven-. Marcharía contigo toda la noche; pero ellos corrían demasiado, no podía ya ni respirar. -¿Por qué iba a guardártelo? -dijo el joven. -No lo sé. Me temo que ya no me quieras. Habría tenido que dar pasos largos, como tú, seguir andando sin detenerme. Vas a creer que soy una cría. -Silvère esbozó en las sombras una sonrisa que Miette adivinó. Continuó con voz decidida: -No tienes que tratarme siempre como a una hermana; quiero ser tu mujer. Y por propia iniciativa atrajo a Silvère contra su pecho. Lo mantuvo apretado entre sus brazos, murmurando: -Vamos a tener frío, calentémonos así. Hubo un silencio. Hasta esa hora confusa, los jóvenes se habían amado con fraternal ternura. En su ignorancia, seguían tomando por una viva amistad la atracción que los inducía a estrecharse sin cesar entre los brazos, y a prolongar esos abrazos mucho más tiempo de lo que los prolongan hermanos y hermanas. Pero en el fondo de esos amores ingenuos retumbaban, cada día con mayor intensidad, las tormentas de sangre ardiente de Miette y de Silvère. Con la edad, con la ciencia, una cálida pasión, de fogosidad meridional, debía nacer de este idilio. Toda chica que se cuelga del cuello de un chico es ya mujer, mujer inconsciente, a la que una caricia puede despertar. Cuando los enamorados se besan en las mejillas, es porque tantean y buscan los labios. Un beso hace amantes. Fue en esa negra y fría noche de diciembre, entre los agrios lamentos del rebato, cuando Miette y Silvère intercambiaron uno de esos besos que atraen a la boca toda la sangre del corazón. Permanecían mudos, estrechamente apretados uno contra el otro. Miette había dicho: «Calentémonos así», y esperaban inocentemente tener calor. Pronto les llegó la tibieza a través de sus ropas, sintieron poco a poco que su abrazo les quemaba, oyeron cómo sus pechos se alzaban con el mismo aliento. Los invadió la languidez, que los sumió en una febril somnolencia. Tenían calor ahora; ante sus párpados cerrados pasaban resplandores, confusos ruidos ascendían a sus cerebros. Este estado de bienestar doloroso, que duró unos minutos, les pareció sin fin. Y entonces, en una especie de sueño, sus labios se encontraron. Su beso fue largo, ávido. Pareció como si jamás se hubieran besado. Sufrían, se separaron. Luego, cuando el frío de la noche hubo helado su fiebre, se quedaron a cierta distancia uno del otro, con una gran confusión. Las dos campanas seguían conversando siniestramente entre sí, en el

abismo negro que se ahondaba en torno a los jóvenes. Miette, temblorosa, asustada, no se atrevía a acercarse a Silvère. Ni siquiera sabía si estaba allí, no le oía hacer un movimiento. Ambos estaban embargados de la acre sensación de su beso; a sus labios ascendían efusiones, habrían querido darse las gracias, volverse a besar; pero estaban tan avergonzados de su punzante felicidad que habrían preferido no saborearla jamás por segunda vez a hablar de ella en voz alta. Durante mucho tiempo aún, si la rápida marcha no les hubiera azotado la sangre, si la noche densa no se hubiera hecho cómplice, se habrían besado en las mejillas, como buenos amigos. Miette sentía pudor. Tras el ardiente beso de Silvère, en aquellas dichosas tinieblas donde su corazón se abría, recordó las groserías de Justin. Unas horas antes había escuchado sin ruborizarse a aquel chico, que la motejaba de mujer perdida; preguntaba que para cuándo el bautizo, le gritaba que su padre la haría parir a patadas, si alguna vez se le ocurría volver al Jas-Meiffren, y ella había llorado sin comprender, había llorado porque adivinaba que todo eso debía de ser innoble. Ahora que se hacía mujer, se decía, con su postrera inocencia, que el beso, cuya quemadura sentía todavía en sí, bastaba acaso para llenarla de aquella vergüenza de que su primo la acusaba. Entonces la asaltó el dolor, sollozó. -¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? -preguntó Silvère con voz inquieta. -No, déjame -balbució-, no sé. - Después, como a su pesar, entre lágrimas-: ¡Ah!, soy muy desgraciada. Tenía diez años, me tiraban piedras. Hoy me tratan como a la última de las fulanas. Justin tuvo razón al despreciarme delante de la gente. Acabamos de hacer algo malo, Silvère. El joven, consternado, volvió a cogerla entre sus brazos, intentando consolarla. -¡Te amo! -murmuró-. Soy tu hermano. ¿Por qué dices que acabamos de hacer algo malo? Nos hemos besado porque teníamos frío. Sabes perfectamente que nos besamos todas las noches al separarnos. -¡Oh!, no como hace un momento -dijo ella en voz muy baja-. No hay que volver a hacerlo, ya ves; debe de estar prohibido, porque me he sentido muy rara. Ahora los hombres se van a reír, cuando yo pase. No me atreveré a defenderme, estarán en su derecho. El joven callaba, sin encontrar una frase para tranquilizar el espíritu asustado de aquella niña grande de trece años, toda temblorosa y atemorizada en su primer beso de amor. La estrechaba dulcemente contra sí, adivinaba que la calmaría si pudiera devolverle el tibio embotamiento de su abrazo. Pero ella se debatía, continuaba: -Si tú quisieras, nos iríamos, nos marcharíamos de la región. No puedo regresar a Plassans; mi tío me pegará, toda la ciudad me señalará con el dedo. -Después, como invadida por una brusca irritación-: No, estoy maldita, te prohíbo que dejes a tía Dide para seguirme. Tienes que abandonarme en cualquier camino. -Miette, Miette -imploró Silvère-, ¡no digas eso! -Sí, me quitaré de en medio. Sé razonable. Me han expulsado como a una golfa. Si regresaras conmigo, te pelearías todos los días. No quiero. El joven le dio un nuevo beso en la boca, murmurando: -Serás mi mujer, nadie se atreverá a lastimarte. -¡Oh!, te lo suplico -dijo ella con un débil grito-, no me beses así. Me hace daño. -Después, al cabo de un silencio-: Sabes muy bien que no puedo ser tu mujer. Somos demasiado jóvenes. Tendría que esperar, y me moriría de vergüenza. Estás equivocado al rebelarte, te verás obligado a dejarme en cualquier esquina. Entonces Silvère, ya sin fuerzas, se echó a llorar. Los sollozos de un hombre tiene una sequedad desconsoladora. Miette, asustada al sentir al pobre chico sacudido en sus brazos, le besó el rostro, olvidando que sus labios ardían. La culpa era suya. Era una boba al no haber podido soportar la punzante dulzura de una caricia. No sabía por qué había pensado en cosas tristes, en el mismo momento en que su enamorado la besaba como nunca había hecho aún. Y lo oprimía contra su pecho, para pedirle perdón por haberlo apenado. Los niños, llorando, apretándose en sus brazos inquietos, sumaban una desesperación más a la de la oscura noche de diciembre. A lo lejos, las campanas continuaban quejándose sin tregua, con voz más jadeante. -Más vale morir -repetía Silvère entre sollozos-, más vale morir... -No llores más, perdóname -balbucía Miette-. Seré fuerte, haré lo que quieras. Cuando el joven se hubo enjugado las lágrimas, dijo: -Tienes razón, no podemos regresar a Plassans. Pero no ha llegado la hora de ser cobarde. Si salimos vencedores de la lucha, iré a buscar a tía Dide, nos la llevaremos muy lejos. Si somos vencidos... Se detuvo. -¿Si somos vencidos?... -repitió Miette suavemente. -Entonces, ¡que sea lo que Dios quiera! -continuo Silvère en voz más baja-. Yo ya no estaré aquí, sin duda, tú consolarás a la pobre vieja. Valdría más. -Sí, lo decías hace un momento -murmuró la joven-, más vale morir. Ante este deseo de muerte, se abrazaron más estrechamente. Miette contaba con morir con Silvère; éste sólo había hablado de sí mismo, pero ella notaba que la arrastraría con gozo a la tierra. Se amarían con más libertad que a plena luz. La tía Dide moriría también, e iría a reunirse con ellos. Fue como un presentimiento rápido, un deseo de extraña voluptuosidad que el Cielo, mediante las voces desoladas del toque de rebato, les prometía satisfacer pronto. ¡Morir! ¡Morir! Las campanas repetían esa palabra con creciente arrebató, y los enamorados se abandonaban a aquellas llamadas de las sombras; creían disfrutar por anticipado del último sueño, en aquella somnolencia en la cual volvían a sumirlos la tibieza de sus miembros y las quemaduras de sus labios, que acababan de encontrarse de nuevo. Miette ya no se hurtaba. Era ella, ahora, quien pegaba su boca a la de Silvère, quien buscaba con mudo ardor aquella alegría cuya amarga punzada no había podido soportar al principio. El sueño de una muerte próxima la había enardecido; ya no se ruborizaba, se aferraba a su amante, parecía deseosa de agotar, antes de

tenderse en la tierra, esa voluptuosidad nueva, en la cual acababa apenas de bañar los labios, y que la irritaba al no poder penetrar de inmediato en su emocionante incógnita. Más allá del beso, adivinaba otra cosa que la espantaba y la atraía, en el vértigo de sus sentidos despiertos. Y se abandonaba; le habría suplicado a Silvère que desgarrase el velo, con la impúdica ingenuidad de las vírgenes. Él, loco con la caricia que ella le daba, lleno de una felicidad perfecta, sin fuerza, sin otros deseos, ni siquiera parecía creer en voluptuosidades mayores. Cuando Miette ya no tuvo aliento, y sintió debilitarse el placer acre del primer abrazo: -No quiero morir sin que me ames -murmuró-; quiero que me ames todavía más... Las palabras le faltaban, no porque hubiera tenido conciencia de la vergüenza, sino porque ignoraba lo que deseaba. Estaba simplemente sacudida por una sorda rebelión interna y por un deseo de infinitud en el gozo. En su inocencia, habría pateado como un niño a quien se le niega un juguete. -Te amo, te amo -repetía Silvère desfallecido. Miette meneaba la cabeza, parecía decir que no era cierto, que el joven le ocultaba algo. Su naturaleza poderosa y libre tenía el secreto instinto de las fecundidades de la vida. Por eso rechazaba la muerte, si debía morir ignorante. Y esta rebelión de su sangre y de sus nervios la confesaba ingenuamente con sus manos ardientes y extraviadas, con sus balbuceos, con sus súplicas. Después, calmándose, posó la cabeza en el hombro del joven, guardó silencio. Silvère se agachaba y la besaba largamente. Ella saboreaba esos besos con lentitud, buscaba su sentido, su gusto secreto. Los interrogaba, los oía correr por sus venas, les preguntaba si ellos eran todo el amor, toda la pasión. La invadió la languidez, se durmió dulcemente, sin dejar de saborear en su sueño las caricias de Silvère. Éste la había envuelto en la gran pelliza roja, en uno de cuyos pliegues se había arrebujado también él. Ya no sentían el frío. Cuando Silvère, por la respiración regular de Miette, comprendió que dormitaba, se sintió feliz de aquel reposo que iba a permitirles continuar airoosamente su camino. Se prometió dejarla dormir una hora. El cielo seguía estando negro; apenas, por levante, una línea blanquecina indicaba la proximidad del día. Debía de haber, detrás de los amantes, un bosque de pinos, cuyo despertar musical, con los hálitos del alba, oía el joven. Y los lamentos de las campanas se volvían más vibrantes en el aire estremecido, acunando el sueño de Miette, como habían acompañado sus fiebres de enamorada. Los jóvenes, hasta esa noche de confusión, habían vivido uno de esos ingenuos idilios que nacen en medio de la clase obrera, entre esos desheredados, esos simples, en quienes se encuentran aún a veces los amores primitivos de los antiguos cuentos griegos. Miette contaba apenas nueve años cuando su padre fue enviado a presidio, por haber matado a un gendarme de un disparo. El proceso de Chantegreil había sido célebre en la región. El cazador furtivo confesó altivamente el homicidio; pero juró que el gendarme lo estaba apuntando también con su fusil: «No hice sino adelantarme -dijo-; me defendí; es un duelo y no un asesinato». No hubo forma de sacarlo de este razonamiento. Nunca el presidente del tribunal consiguió hacerle entender que, aunque un gendarme tiene derecho a disparar contra un furtivo, un furtivo no lo tiene a disparar contra un gendarme. Chantegreil escapó a la guillotina, gracias a su actitud convencida y a sus buenos antecedentes. El hombre lloró como un niño cuando le quitaron a su hija, antes de su marcha a Tolón. La pequeña, que había perdido a su madre en la cuna, se quedaba con su abuelo en Chavanoz, una aldea de las gargantas de la Seille. Cuando el cazador furtivo ya no estuvo allí, el viejo y la chiquilla vivieron de limosnas. Los habitantes de Chavanoz, todos cazadores, acudieron en ayuda de las pobres criaturas que el presidiario dejaba a sus espaldas. Sin embargo, el viejo murió de pena. Miette, al quedarse sola, habría mendigado por los caminos de no haberse acordado las vecinas de que tenía una tía en Plassans. Un alma caritativa accedió a llevarla a casa de la tía, que la acogió bastante mal. Eulalie Chantegreil, casada con el aparcerero Rébufât, era una gran diablesa negra y voluntariosa que mandaba en la casa. Manejaba a su antojo a su marido, se decía en el arrabal. La verdad era que Rébufât, avaro, duro en el trabajo y las ganancias, sentía una especie de respeto por aquella gran diablesa, de un vigor poco común, de una sobriedad y una economía raras. Gracias a ella, el matrimonio prosperaba. El aparcerero refunfuñó la tarde en que, al regresar del trabajo, encontró a Miette instalada. Pero su mujer le cerró la boca, diciéndole con su voz ruda: -¡Bah!, la pequeña es de buena constitución; nos servirá de criada; la mantendremos y nos ahorraremos un jornal. Este cálculo agradó a Rébufât. Llegó incluso a palpar los brazos de la niña, a quien declaró con satisfacción muy fuerte para su edad. Miette tenía entonces nueve años. A partir del día siguiente, la utilizó. El trabajo de las campesinas, en el sur, es mucho más suave que en el norte. Raramente se ve allá a las mujeres ocupadas en labrar la tierra, en llevar fardos, en hacer faenas masculinas. Ellas atan las gavillas, recogen aceitunas y hojas de morera; su ocupación más penosa consiste en arrancar las malas hierbas. Miette trabajó alegremente. La vida al aire libre era su gozo y su salud. Mientras vivió su tía, sólo conoció risas. La buena mujer, a pesar de sus brusquedades, la quería como a una hija; le prohibía hacer los pesados trabajos con que su marido intentaba a veces cargarla, y le gritaba a este último: -¡Ah! ¡Pues sí que eres hábil! ¿No comprendes, imbécil, que si la cansas demasiado hoy, no podrá hacer nada mañana? Este argumento era decisivo. Rébufât agachaba la cabeza y llevaba él mismo el fardo que quería echar sobre los hombros de la joven. Miette hubiera vivido perfectamente feliz, bajo la protección secreta de su tía Eulalie, sin las pullas de su primo, de

dieciséis años entonces, que ocupaba sus ocios en detestarla y en perseguirla sordamente. Las mejores horas de Justin eran aquellas en que conseguía que la regañasen gracias a algún informe cargado de mentiras. Cuando podía pisarle un pie o empujarla con brutalidad, fingiendo no haberla visto, se reía, saboreaba esa voluptuosidad taimada de la gente que disfruta plácidamente con el mal de los otros. Miette lo miraba entonces, con sus grandes ojos negros de cría, con una mirada brillante de cólera y de muda altivez, que detenía las carcajadas del cobarde galopín. En el fondo, le tenía un miedo atroz a su prima. La jovencita iba a cumplir los once años cuando su tía Eulalie murió repentinamente. A partir de ese día, todo cambió en la casa. Rébufat se inclinó poco a poco a tratar a Miette como a un mozo de granja. La abrumó a tareas rudas, se sirvió de ella como de una bestia de carga. Ella ni siquiera se quejó, creía tener una deuda de agradecimiento que pagar. Por la noche, rota de fatiga, lloraba a su tía, aquella terrible mujer cuya bondad oculta percibía entonces. Por lo demás, el trabajo, incluso el más duro, no le desagradaba; le gustaba la fuerza, estaba orgullosa de sus robustos brazos y sus sólidas espaldas. Lo que la affigía era la desconfiada vigilancia de su tío, sus continuos reproches, su actitud de amo irritado. En aquel momento, era una extraña en la casa. Incluso una extraña no habría sido tan mal tratada como ella. Rébufat abusaba sin escrúpulos de aquella pequeña parienta pobre a quien conservaba a su lado por una caridad bien entendida. Pagaba diez veces con su trabajo aquella dura hospitalidad, y no pasaba día sin que le echaran en cara el pan que comía. Justin, sobre todo, sobresalía en herirla. Desde que su madre ya no vivía, viendo a la cría sin defensa, ponía toda su mala idea en hacerle insoportable la convivencia. La tortura más ingeniosa que inventó fue hablarle a Miette de su padre. La pobre niña, al haber vivido fuera del mundo, bajo la protección de su tía, que había prohibido pronunciar delante de ella las palabras de presidio y presidiario, no comprendía casi el sentido de esas palabras. Fue Justin quien se lo enseñó, contándole a su manera la muerte del gendarme y la condena de Chantegreil. No paraba de mencionar detalles odiosos: los presidiarios llevaban una bola en el pie, trabajaban quince horas diarias, morían todos de agotamiento; el presidio era un lugar siniestro cuyos horrores describía minuciosamente. Miette lo escuchaba, alelada, con los ojos llenos de lágrimas. A veces la sublevaban bruscas violencias, y Justin tenía que dar un salto hacia atrás, ante sus puños crispados. Saboreaba como un glotón esta iniciación cruel. Cuando su padre, por la menor negligencia, se enfurecía con la niña, se ponía de su parte, feliz de poder insultarla sin peligro. Y si ella intentaba defenderse: -Anda -decía-, de casta le viene al galgo; acabarás en presidio como tu padre. Miette sollozaba, herida en lo más íntimo, aplastada de vergüenza, sin fuerzas. En esa época, Miette se hacía ya mujer. De una pubertad precoz, resistió el martirio con una energía extraordinaria. Se abandonaba raramente, sólo en las horas en que su orgullo natural se ablandaba bajo los ultrajes de su primo. Pronto soportó con los ojos secos las incesantes heridas de aquel ser cobarde, que la vigilaba al hablar, por miedo a que le saltara a la cara. Además, ella sabía hacerlo callar, mirándolo fijamente. En diversas ocasiones le dieron ganas de escapar del Jas-Meiffren. Pero no hizo nada, por valor, por no confesarse vencida ante las persecuciones que aguantaba. A fin de cuentas, se ganaba el pan, no robaba la hospitalidad de los Rébufat; esta certeza bastaba a su orgullo. Se quedó así para luchar, endureciéndose, viviendo con una continua idea de resistencia. Su línea de conducta consistió en hacer sus tareas en silencio y en vengarse de las malas palabras con un desprecio mudo. Sabía que su tío abusaba demasiado de ella para escuchar con facilidad las insinuaciones de Justin, que soñaba con echarla a la calle. Por eso ponía una especie de desafío en no irse por sí sola. Sus largos silencios voluntarios estuvieron llenos de extrañas ensoñaciones. Al pasar sus días dentro del cercado, separada del mundo, creció como una rebelde, se formó opiniones que habrían alarmado singularmente a la buena gente del arrabal. El destino de su padre la absorbió sobre todo. Recordó todas las palabras de Justin; acabó aceptando la acusación de asesinato, diciéndose que su padre había hecho bien en matar al gendarme que quería matarlo. Conocía la verdad de la historia por boca de un jornalero que había trabajado en el Jas-Meiffren. A partir de ese momento, ni siquiera volvió la cabeza las raras veces en que salía, cuando los golfos del arrabal le seguían chillando: -¡Eh! ¡Chantegreil! Avivaba el paso, los labios apretados, los ojos de un negro feroz. Cuando cerraba la verja, al regresar, dirigía una sola y larga mirada a la pandilla de galopines. Se habría vuelto mala, se habría deslizado al salvajismo cruel de los parias, si no se hubiera agolpado a veces en su corazón toda su infancia. Sus once años la empujaban a debilidades de niñita que la aliviaban. Entonces lloraba, se avergonzaba de sí misma y de su padre. Corría a esconderse al fondo de una cuadra para sollozar a sus anchas, comprendiendo que, si veían sus lágrimas, la martirizarían aún más. Y después de llorar a gusto, iba a bañarse los ojos en la cocina, recuperaba su rostro mudo. No era sólo el propio interés lo que la hacía ocultarse; llevaba el orgullo de sus fuerzas precoces hasta el punto de no querer parecer una niña. A la larga todo debía agriarse en ella. Pero felizmente se salvó, al recobrar la ternura de su naturaleza amante. El pozo que se encontraba en el patio de la casa habitada por tía Dide y Silvère era un pozo medianero. La tapia del Jas-Meiffren lo cortaba en dos. Antiguamente, antes de que el cercado de los Fouque estuviera unido a la gran finca vecina, los hortelanos se servían diariamente de aquel pozo. Pero desde la compra del terreno, como estaba alejado de las

dependencias, los habitantes del Jas, que disponían de enormes albercas, no sacaban ni un cubo de agua al mes. Del otro lado, en cambio, todas las mañanas se oía rechinar la roldana; era Silvère, que sacaba para tía Dide el agua necesaria para el uso doméstico. Un día la roldana se rajó. El joven carretero talló él mismo una hermosa y fuerte roldana de roble que colocó por la tarde, después de su jornada. Tuvo que subirse a la tapia. Tras acabar su trabajo, se quedó a horcajadas sobre la albardilla, descansando, mirando con curiosidad la ancha extensión del Jas-Meiffren. Una campesina que arrancaba malas hierbas a unos pasos de él acabó por centrar su atención. Era en julio, el aire quemaba, aunque el sol estaba ya en la línea del horizonte. La campesina se había quitado la casaca. En corpiño blanco, con una pañoleta de colores anudada sobre los hombros, con las mangas de la blusa remangadas hasta el codo, estaba en cuclillas entre los pliegues de su falda de algodón azul, sostenida por dos tirantes cruzados a la espalda. Avanzaba de rodillas, arrancando activamente la cizaña que echaba en un serón. El joven no veía sino sus brazos desnudos, quemados por el sol, estirándose a derecha e izquierda para agarrar alguna hierba olvidada. Seguía con complacencia el juego rápido de los brazos de la campesina, saboreando un especial placer al verlos tan firmes y tan dispuestos. Ella se había enderezado levemente al no oírlo trabajar más, y había agachado de nuevo la cabeza, incluso antes de que él hubiera podido distinguir sus rasgos. Ese movimiento asustado lo retuvo. Se interrogaba sobre aquella mujer, como un chico curioso, silbando maquinalmente y marcando el compás con un cortafrío, que tenía en la mano, cuando el cortafrío se le escapó. La herramienta cayó del lado del Jas-Meiffren, sobre el brocal del pozo, y fue a rebotar a unos pasos del muro. Silvère lo miró, inclinándose, dudando si descender. Pero al parecer la campesina examinaba al joven con el rabillo del ojo, porque se levantó sin decir una palabra y acudió a recoger el cortafrío, que tendió a Silvère. Entonces éste vio que la campesina era una niña. Se quedó sorprendido y un poco intimidado. En la claridad roja del ocaso, la joven se erguía hacia él. La tapia, en aquel punto, era baja, pero la altura resultaba aún demasiado grande. Silvère se tendió sobre la albardilla, la campesinita se puso de puntillas. No se decían nada, se miraban con aire confuso y risueño. El joven hubiera querido, además, prolongar la actitud de la niña. Alzaba hacia él una cabeza adorable, de grandes ojos negros y una boca roja, que le asombraban y conmovían singularmente. Nunca había visto una chica tan de cerca; ignoraba que una boca y unos ojos pudieran ser tan gratos a la vista. Todo le parecía tener un encanto desconocido, la pañoleta de color, el corpiño blanco, la falda de algodón azul, que sostenían los tirantes, tensos por el movimiento de los hombros. Su mirada se deslizó a lo largo del brazo que le presentaba la herramienta; hasta el codo, el brazo era de un moreno dorado, como bronceado; pero más lejos, en la sombra de la manga de la blusa arremangada, Silvère distinguía una redondez desnuda, de una blancura lechosa. Se turbó, se inclinó más, y pudo por fin coger el cortafrío. La campesinita empezaba a estar confusa. Luego se quedaron allí, sonriéndose aún, la niña abajo, con la cara levantada, el joven semiacostado sobre la albardilla. No sabían cómo separarse. No habían intercambiado una palabra. Silvère se olvidó incluso de dar las gracias. -¿Cómo te llamas? -preguntó. -Marie -respondió la campesina-; pero todo el mundo me llama Miette. -Se puso medio de puntillas y con su voz límpida-: ¿Y tú? -preguntó a su vez. -Yo me llamo Silvère -respondió el joven obrero. Hubo un silencio, durante el cual parecieron escuchar complacidos la música de sus nombres-. Yo tengo quince años -prosiguió Silvère-. ¿Y tú? -Yo -dijo Miette-, cumpliré once años para Todos los Santos. El joven obrero hizo un gesto de sorpresa. -¡Ah! ¡Vaya! -dijo riendo-, ¡y yo que te había tomado por una mujer!... Tienes los brazos fuertes. Ella se echó a reír también, bajando los ojos sobre sus brazos. Después no se dijeron nada más. Se quedaron aún un buen rato, mirándose y sonriendo. Como Silvère no parecía tener más preguntas que hacerle, Miette se marchó con toda sencillez, y siguió arrancando las malas hierbas, sin levantar la cabeza. El se quedó un instante sobre la tapia. El sol se ponía; un haz de rayos oblicuos se deslizaba sobre las tierras amarillas del Jas-Meiffren; las tierras llameaban, parecían un incendio corriendo a ras del suelo. Y, en aquel haz llameante, Silvère miraba a la campesinita en cuclillas, cuyos brazos desnudos habían reanudado su rápido juego; la falda de algodón azul blanqueaba, a lo largo de los brazos cobrizos corrían resplandores. Acabó experimentando una especie de vergüenza por estar allí. Bajó de la tapia. Por la noche, Silvère, preocupado por su aventura, trató de interrogar a tía Dide. Acaso sabría quién era esta Miette que tenía los ojos tan negros y una boca tan roja. Pero, desde que habitaba en la casa del callejón, tía Dide no había vuelto a echar un solo vistazo por detrás de la tapia del patizuelo. Era, para ella, como una barrera infranqueable, que tapiaba su pasado. Ignoraba, quería ignorar lo que había ahora al otro lado de ese muro, en el antiguo cercado de los Fouque, donde había enterrado su amor, su corazón y su carne. A las primeras preguntas de Silvère, lo miró con un espanto infantil. ¿Iría también él, pues, a remover las cenizas de aquellos días extinguidos y a hacerla llorar como su hijo Antoine? -No sé -dijo con voz rápida-, ya no salgo, no veo a nadie... Silvère esperó con cierta impaciencia al día siguiente. En cuanto llegó a casa de su patrón, dio charla a sus camaradas del taller. No contó su entrevista con Miette; habló vagamente de una chica a la que había visto de lejos en el Jas-Meiffren. -¡Eh! ¡Es la Chantegreil! -gritó uno de los obreros. Y, sin que Silvère necesitara interrogarlos, sus compañeros le contaron

la historia del cazador furtivo Chantegreil y de su hija Miette, con ese odio ciego del vulgo contra los parias. A la última, sobre todo, la motejaron de mala manera; y siempre acudía a sus labios el insulto de hija de galeote, como una razón sin réplica que condenaba a la pobre inocente a una eterna vergüenza. El carretero Vian, un hombre bondadoso y digno, acabó por imponerles silencio. -¡Eh! ¡Callaos, malas lenguas! -dijo soltando un varal de carreta que examinaba-. ¿No os da vergüenza ensañaros con una niña? Yo he visto a esa cría. Tiene una pinta muy honrada. Y además me han dicho que no le hace ascos al trabajo y que realiza ya las tareas de una mujer de treinta años. Hay aquí holgazanes que no valen lo que ella. Le deseo para más adelante un buen marido que haga callar las habladurías. Silvère, a quien las bromas y los groseros insultos de los obreros habían helado, sintió que las lágrimas le subían a los ojos ante la última frase de Vian. Por lo demás, no abrió los labios. Cogió su martillo, que había dejado a un lado, y se puso a golpear con todas sus fuerzas el cubo de una rueda que estaba herrando. Por la tarde, en cuanto regresó del taller, corrió a trepar a la tapia. Encontró a Miette con su faena de la víspera. La llamó. Ella acudió hacia él, con su sonrisa cohibida, su adorable salvajismo de niña crecida entre lágrimas. -¿Eres la Chantegreil, verdad? -le preguntó bruscamente. Ella retrocedió, dejó de sonreír, y sus ojos se pusieron de un negro duro, brillante de desconfianza. ¡Aquel chico iba, pues, a insultarla como los otros! Le dio la espalda sin responder, cuando Silvère, consternado por el súbito cambio de su rostro, se apresuró a añadir: Quédate, por favor... No quiero causarte pena... ¡Tengo tantas cosas que decirte! Ella regresó, desconfiada aún. Silvère, cuyo corazón rebosaba y que se había prometido vaciarlo largamente, se quedó mudo, sin saber por dónde empezar, temeroso de cometer alguna nueva torpeza. Todo su corazón entró por fin en una frase: -¿Quieres que sea tu amigo? -dijo con voz emocionada. Y cuando Miette, muy sorprendida, alzó hacia él sus ojos, que habían vuelto a estar húmedos y sonrientes, continuó con viveza: Sé que te hacen daño. Esto tiene que terminar. Yo te defenderé ahora. ¿Quieres? La niña resplandecía. Aquella amistad que se le ofrecía la sacaba de todos sus malos sueños de odios mudos. Movi6 la cabeza, y respondió: -No, no quiero que te pelees por mí. Tendrías demasiado que hacer. Y además hay personas de las que no puedes defenderme. -Silvère quiso gritar que la defendería del mundo entero, pero ella le cerró la boca, con un gesto mimoso, añadiendo: Me basta con que seas mi amigo. Entonces conversaron unos minutos, bajando la voz lo más posible. Miette le habló a Silvère de su tío y de su primo. Por nada del mundo hubiera querido que los viesen así a horcajadas sobre la albardilla. Justin sería implacable si tuviera un arma contra ella. Hablaba de sus temores con el susto de una escolar que encuentra a una amiga a la que su madre le ha prohibido tratar. Silvère comprendió solamente que no podría ver a Miette a sus anchas. Eso lo entristeció mucho. Prometió, sin embargo, no volverse a subir a la tapia. Buscaban ambos un medio para verse de nuevo, cuando Miette le suplicó que se fuese. Acababa de divisar a Justin que cruzaba la finca, dirigiéndose hacia el lado del pozo. Silvère se apresuró a bajar. Cuando estuvo en el pequeño patio, se quedó al pie del muro, aguzando el oído, irritado por su huida. Al cabo de unos minutos, se aventuró a trepar de nuevo y a echar un vistazo al Jas-Maiffren; pero vio a Justin que charlaba con Miette, y retiró a toda prisa la cabeza. Al día siguiente no pudo ver a su amiga, ni siquiera de lejos; debía de haber acabado su tarea en aquella parte del Jas. Transcurrieron ocho días así, sin que los dos amigos tuvieran ocasión de intercambiar una sola palabra. Silvère estaba desesperado; pensaba en ir resueltamente a preguntar por Miette a casa de los Rébufat. El pozo medianero era un gran pozo muy poco profundo. A cada lado de la tapia, los brocales se redondeaban en un ancho semicírculo. El agua se encontraba a tres o cuatro metros, a lo sumo. Esa agua durmiente reflejaba las dos aberturas del pozo, dos medias lunas que la sombra del muro separaba con una raya negra. Al inclinarse, parecía poderse distinguir a la vaga luz, dos espejos de singular nitidez y brillo. En las mañanas de sol, cuando el goteo de las cuerdas no enturbiaba la superficie del agua, aquellos espejos, aquellos reflejos del cielo, se recortaban blancos sobre el agua verde, reproduciendo con extraña exactitud las hojas de un pie de hiedra que había crecido a lo largo del muro, por encima del pozo. Una mañana, muy temprano, Silvère, al ir a sacar la provisión de agua de tía Dide, se inclinó maquinalmente, en el momento en que aferraba la cuerda. Tuvo un sobresalto, se quedó encorvado, inmóvil. En el fondo del pozo había creído ver una cabeza de jovencita que lo miraba sonriente; pero había sacudido la cuerda, el agua agitada ya no era sino un espejo turbio en el que nada se reflejaba con nitidez. Esperó a que el agua se durmiera de nuevo, sin atreverse a moverse, con el corazón latiendo a todo latir. Y a medida que las arrugas del agua se ensanchaban y morían, vio formarse otra vez la aparición. Osciló mucho tiempo con un balanceo que imprimía a sus rasgos una vaga gracia de fantasma. Por fin se fijó. Era el rostro sonriente de Miette, con su busto, su pañoleta de colores, su corpiño blanco, sus tirantes azules. Silvère se vio a su vez en el otro espejo. Entonces, sabiendo ambos que se veían, se hicieron señas con la cabeza. En un primer momento, ni siquiera pensaron en hablarse. Después se saludaron. -Buenos días, Silvère. -Buenos días, Miette. El extraño sonido de sus voces los asombró. Habían adquirido una sorda y singular dulzura en aquel agujero húmedo, les parecía que venían de muy lejos, con ese canto ligero de las voces oído por la noche en el campo. Comprendieron que les bastaría con hablar

bajo para oírse. El pozo resonaba al menor soplo. Acodados en los brocales, inclinados y mirándose, conversaron. Miette dijo lo apenada que llevaba desde hacía ocho días. Trabajaba en el otro extremo del Jas y no podía escaparse más que por la mañana temprano. Al decir esto, hacía un mohín de despecho que Silvère reconocía perfectamente, y al que respondía con un irritado balanceo de la cabeza. Se hacían sus confidencias, como si se hubieran encontrado frente a frente, con los gestos y las expresiones de la fisonomía que pedían las palabras. Poco les importaba la tapia que los separaba, ahora que se veían allá abajo, en aquellas profundidades discretas. -Yo sabía -continuó Miette con carita sagaz-, que sacabas agua cada día a la misma hora. Oigo, desde la casa, chirriar la roldana. Entonces inventé un pretexto, aseguré que el agua de este pozo cocía mejor la verdura. Me decía que vendría a sacarla todas las mañanas a la misma hora que tú, y que podría decirte hola, sin que nadie se lo figurase. -Soltó una risa de inocente que se aplaude por su astucia, y terminó diciendo: Pero no me imaginaba que nos veríamos en el agua. Era ésa, en efecto, una alegría inesperada que los encantaba. Casi hablaban sólo para ver sus labios moverse, tanto divertía aquel juego nuevo a la infancia que había aún en ellos. Así se prometieron en todos los tonos no faltar jamás a la cita matinal. Después de que Miette declarara que tenía que irse, le dijo a Silvère que podía sacar su cubo de agua. Pero Silvère no osaba mover la cuerda: Miette se había quedado inclinada, él seguía viendo su rostro sonriente, y le costaba demasiado borrar esa sonrisa. Ante una leve sacudida que dio al cubo, el agua tembló, la sonrisa de Miette palideció. Se detuvo, presa de un extraño temor: se imaginaba que acababa de contrariarla y que ella lloraba. Pero la niña le gritó: «¡Hale! ¡Hale!», con una risa que el eco le devolvía más prolongada y sonora. Y ella misma soltó ruidosamente un cubo. Se produjo una tempestad. Todo desapareció en el agua negra. Silvère entonces se decidió a llenar sus dos cántaros, escuchando los pasos de Miette, que se alejaba del otro lado del muro. A partir de ese día, los jóvenes no dejaron ni una sola vez de encontrarse en su cita. El agua durmiente, aquellos espejos blancos donde contemplaban sus imágenes, daban a sus entrevistas un encanto infinito que durante mucho tiempo bastó a su imaginación juguetona de niños. No sentían el menor deseo de verse cara a cara, aquello les parecía mucho más divertido, tomar un pozo como espejo y confiar a su eco el hola matinal. Pronto conocieron el pozo como a un viejo amigo. Les gustaba inclinarse sobre el lienzo pesado e inmóvil, semejante a plata fundida. Abajo, en una media luz misteriosa, corrían resplandores verdes, que parecían mudar el agujero húmedo en un escondite perdido en el fondo de un bosquecillo. Se distinguían así en una especie de nido verduzco, tapizado de musgo, en medio de la frescura del agua y del follaje. Y todo lo incógnito de aquel manantial profundo, de aquella torre hueca sobre la cual se curvaban, atraídos, con pequeños escalofríos, agregaba a su alegría de sonreírse un miedo inconfesado y delicioso. Les asaltaba la loca idea de descender, de ir a sentarse en una hilera de gruesas piedras que formaban una especie de banco circular, a unos centímetros del lienzo de agua; meterían los pies en el agua, conversarían durante horas, sin que a nadie se le ocurriera nunca ir a buscarlos a aquel lugar. Después, cuando se preguntaban lo que podía haber allá abajo, sus vagos pavores volvían, y pensaban que ya era bastante permitir que su imagen descendiera allá abajo, muy al fondo, a aquellos resplandores verdes que tornasolaban las piedras con extraños reflejos, a aquellos ruidos singulares que subían de los rincones negros. Aquellos ruidos, sobre todo, llegados de lo invisible, los inquietaban; a menudo les parecía que otras voces respondían a las suyas; entonces enmudecían, y oían mil pequeñas quejas que no se explicaban: laboreo sordo de la humedad, suspiros del aire, gotas de agua deslizándose sobre las piedras y cuya caída tenía la grave sonoridad de un sollozo. Para tranquilizarse, se hacían cariñosas señas con la cabeza. La atracción que los retenía acodados en los brocales tenía así, como todo encanto punzante, su pizca de horror secreto. Pero el pozo seguía siendo su viejo amigo. ¡Era un pretexto tan excelente para sus citas! jamás Justin, que espiaba cada paso de Miette, desconfió de su diligencia para ir a sacar el agua por la mañana. A veces la miraba desde lejos inclinarse, demorarse. «¡Ah!, qué haragana -murmuraba-, ¡pensar que se divierte haciendo círculos!» ¿Cómo sospechar que al otro lado del muro había un galán que miraba en el agua la sonrisa de la jovencita, diciéndole: «Si esa mula parda de Justin te maltrata, dímelo, que se va a enterar». Más de un mes duró ese juego. Estaban en julio; las mañanas ardían, blancas de sol, y era una delicia acudir allá, a aquel rincón húmedo. Resultaba agradable recibir en la cara el hálito helado del pozo, amarse en aquella agua de manantial, a la hora en que el sol se encendía. Miette llegaba jadeante, cruzando los rastros; en su carrera, los pelillos de su frente y de sus sienes se despeinaban; apenas se tomaba el tiempo de dejar su cántaro; se inclinaba, floja, desmelenada, vibrante de risas. Y Silvère, que llegaba casi siempre el primero a la cita, experimentaba, al verla aparecer en el agua, con aquella risueña y loca prisa, la viva sensación que habría sentido si ella se hubiera arrojado bruscamente en sus brazos, en el recodo de un sendero. En torno a ellos, el gozo de la radiante mañana cantaba, una oleada de luz cálida, sonora de zumbidos de insectos, azotaba el viejo muro, los pilares y los brocales. Pero ellos ya no veían el matinal chaparrón de sol, no oían ya los mil ruidos que ascendían del suelo: estaban en el fondo de su escondite verde, bajo la tierra, en aquel agujero misterioso y vagamente inquietante, ensimismándose para gozar del frescor y de la media luz, con una alegría estremecida.

Ciertas mañanas, Miette, cuyo temperamento no se avenía a una larga contemplación, se mostraba bromista; movía la cuerda, dejaba caer adrede gotas de agua que arrugaban los claros espejos y deformaban las imágenes. Silvère le suplicaba que se estuviera quieta. El, de ardor más concentrado, no conocía más vivo placer que mirar el rostro de su amiga, reflejado en toda la pureza de sus rasgos. Pero ella no lo escuchaba, bromeaba, ponía un vozarrón, una voz de coco, a la que el eco daba una dulzura ronca. -No, no -refunfuñaba-, hoy no te quiero, te hago muecas; mira qué fea soy. Y se entretenía viendo las formas disparatadas que adoptaban sus caras ensanchadas, danzando sobre el agua. Una mañana, se enfadó en serio. No encontró a Silvère en la cita, y lo esperó cerca de un cuarto de hora, haciendo chirriar en vano la roldana. Iba a alejarse, exasperada, cuando por fin llegó. En cuanto lo vio, desencadenó una verdadera tempestad en el pozo; agitaba el cubo con una mano irritada, el agua negruzca remolineaba con sordas salpicaduras contra las piedras. Por más que Silvère le explicó que tía Dide lo había retenido, a todas las disculpas ella respondía: -Me has puesto triste, no quiero verte. El pobre chico interrogaba con desesperación al oscuro agujero lleno de ruidos lamentables, donde le esperaba los otros días una visión tan clara, en el silencio del agua muerta. Tuvo que retirarse sin haber visto a Miette. Al día siguiente, anticipándose a la hora de la cita, miraba melancólicamente dentro del pozo, sin oír nada, diciéndose que aquella cabecita loca quizá no vendría, cuando la niña, que estaba ya al otro lado, desde donde acechaba taimadamente su llegada, se inclinó de repente, estallando en risas. Todo quedó olvidado. Hubo así dramas y comedias de los que el pozo fue cómplice. Aquel bendito agujero, con sus espejos blancos y su eco musical, apresuró singularmente su cariño. Le dieron una vida extraña, lo llenaron a tal punto con sus jóvenes amores que, mucho después, cuando ya no acudieron a acodarse en los brocales, Silvère, cada mañana, al sacar el agua, creía ver aparecer en él la cara risueña de Miette, en la media luz estremecida y todavía emocionada por toda la alegría que habían puesto allí. Aquel mes de gozosa ternura salvó a Miette de su muda desesperación. Sintió despertarse sus afectos, sus dichosas despreocupaciones de niña, que la odiosa soledad en que vivía había comprimido en su interior. La certeza de que era amada por alguien, de que ya no se encontraba sola en el mundo, le hizo tolerables las persecuciones de Justin y de los chavales del arrabal. Había ahora una canción en su corazón que le impedía oír los abucheos. Pensaba en su padre con enternecida piedad, ya no se abandonaba tan a menudo a ensoñaciones de implacable venganza. Sus amores nacientes eran como un alba fresca en la cual se calmaban sus malas fiebres. Se había dicho que debía conservar su actitud muda y rebelde, si quería que Justin no tuviera la menor sospecha. Pero, a pesar de sus esfuerzos, cuando el muchacho la hería, sus ojos seguían llenos de dulzura; ya no sabía de dónde sacar la mirada negra y dura de antaño. Él la oía también canturrear entre dientes, por la mañana, en el desayuno. -¡Ah! ¡Estás muy alegre, Chantegreil! -le decía desconfiado, examinándola con su aire torvo-. Apuesto a que has jugado alguna mala pasada. Ella se encogía de hombros, pero temblaba en su interior; se esforzaba de inmediato por desempeñar su papel de mártir rebelde. Por lo demás, aunque olfateaba los gozos secretos de su víctima, Justin buscó mucho tiempo antes de enterarse de qué manera se le había escapado. Silvère, por su parte, disfrutaba de una honda dicha. Sus citas cotidianas con Miette bastaban para llenar las horas vacías que pasaba en casa. Su vida solitaria, sus largos mano a mano silencios con tía Dide, se emplearon en recoger uno por uno los recuerdos de la mañana, en saborearlos en sus menores detalles. Experimentó desde entonces una plenitud de sensaciones que lo aisló aún más en la existencia enclaustrada que llevaba con su abuela. Por temperamento, amaba los rincones ocultos, las soledades donde podía a sus anchas vivir con sus pensamientos. Por esa época ya se había lanzado ávidamente a leer todos los libros descabalados que encontraba en los chamarileros del arrabal, y que debían conducirle a una extraña y generosa religión social. Esta instrucción, mal digerida, sin bases sólidas, le abrió sobre el mundo y en especial sobre las mujeres, perspectivas de vanidad, de voluptuosidad ardiente, que habrían turbado singularmente su espíritu, si su corazón hubiese estado insatisfecho. Llegó Miette, la acogió al principio como a una amiga; después, como a la alegría y la ambición de su vida. Por la noche, retirado en el reducto donde dormía, tras haber colgado su lámpara a la cabecera de su catre de tijera, encontraba a Miette en cada página del viejo volumen polvoriento que había cogido al azar sobre una tabla, por encima de su cabeza, y que leía devotamente. No podía hablarse en sus lecturas de una jovencita, de una criatura hermosa y buena, sin que la reemplazara inmediatamente por su enamorada. Y él mismo entraba en escena. Si leía una historia novelesca, romántica, se casaba con Miette en el desenlace o moría con ella. Si leía, por el contrario, algún panfleto político, alguna grave disertación sobre economía social, libros que prefería a las novelas, por ese singular amor que los semisabios sienten por las lecturas difíciles, encontraba también un medio para interesarla en las cosas mortalmente aburridas que a menudo ni siquiera lograba entender; creía aprender la forma de ser bueno y amante con ella, cuando estuvieran casados. La mezclaba así en sus ensoñaciones más hueras. Protegido por ese puro cariño contra las indecencias de ciertos cuentos del siglo XVIII que cayeron en sus manos, se complacía sobre todo en encerrarse con ella en las utopías humanitarias que grandes mentes, enloquecidas por la quimera de la felicidad universal, han soñado en nuestros días. Miette, en su

ánimo, resultaba necesaria para la abolición del pauperismo y para el triunfo definitivo de la revolución. Noches de lecturas febriles, durante las cuales su espíritu en tensión no podía apartarse del volumen que dejaba y cogía veinte veces; noches llenas, en suma, de un voluptuoso nerviosismo del cual disfrutaba hasta que se hacía de día, como de una embriaguez prohibida, con el cuerpo oprimido por las paredes del estrecho gabinete, la vista turbada por el resplandor amarillo y turbio de la lámpara, entregándose a placer a la quemazón del insomnio y edificando proyectos de una nueva sociedad, de una generosidad absurda, en la cual la mujer, siempre con los rasgos de Miette, era adorada por las naciones de hijos. Se hallaba predispuesto a amar la utopía por ciertas influencias hereditarias; en él, los trastornos nerviosos de su abuela tendían al entusiasmo crónico, a impulsos hacia todo cuanto fuera grandioso e imposible. Su infancia solitaria, su instrucción a medias, habían desarrollado singularmente las tendencias de su naturaleza. Pero no estaba aún en esa edad en que la idea fija remacha su clavo en el cerebro de un hombre. Por la mañana, en cuanto se había refrescado la cabeza en un cubo de agua, sólo se acordaba confusamente de los fantasmas de su vigilia, conservaba sólo de sus sueños un salvajismo lleno de fe ingenua y de inefable ternura. Volvía a ser un niño. Corría al pozo, con la única necesidad de encontrar la sonrisa de su enamorada, de disfrutar de las alegrías de la radiante mañana. Y durante el día, si la idea del futuro lo ponía pensativo, también a menudo, cediendo a súbitas efusiones, besaba en las dos mejillas a tía Dide, quien lo miraba entonces a los ojos, como presa de inquietud, al verlos tan claros y tan profundos con una alegría que ella creía reconocer. Sin embargo, Miette y Silvère se cansaban un poco de no ver más que sus sombras. Habían gastado su juguete, soñaban con placeres más vivos, que el pozo no podía darles. Con esa necesidad de realidad que los asaltaba, habrían querido verse cara a cara, correr por el campo abierto, regresar jadeantes, con los brazos en la cintura, apretados uno contra otro, para mejor sentir su amistad. Silvère habló una mañana de salvar sencillamente el muro e ir a pasearse por el Jas con Miette. Pero la niña le suplicó que no hiciera esa locura, que la entregaría a merced de Justin. Él le prometió buscar otro medio. La tapia en la cual estaba enclavado el pozo formaba, a unos cuantos pasos, un brusco recodo que les procuraba una especie de entrante donde los enamorados se habrían encontrado al amparo de las miradas, si hubieran conseguido refugiarse en él. Se trataba de llegar a ese entrante. Silvère ya no podía pensar en su proyecto de escalada, que había parecido asustar tanto a Miette. Alimentaba secretamente otro proyecto. La puertecita que Macquart y Adélaïde habían abierto en tiempos una noche había permanecido olvidada en aquel rincón perdido de la vasta finca vecina; ni siquiera habían pensado en condenarla; negra de humedad, verde de musgo, con la cerradura y los goznes roídos por la herrumbre, formaba como parte de la vieja muralla. Sin duda, la llave se había perdido; las hierbas, crecidas por debajo de las tablas, contra las cuales se habían formado ligeros taludes, probaban suficientemente que nadie pasaba por allí desde hacía muchos años. Silvère contaba con encontrar esa llave perdida. Sabía con qué devoción tía Dide dejaba pudrirse en su sitio las reliquias del pasado. Sin embargo, registró la casa durante ocho días sin ningún resultado. Iba todas las noches, a paso de lobo, a ver si por fin había echado mano durante el día a la llave buena. Probó así más de treinta, procedentes sin duda del antiguo cercado de los Fouque, y que recogió un poco por todas partes, a lo largo de las paredes, en los anaqueles, en el fondo de los cajones. Empezaba a desanimarse, cuando por fin encontró la dichosa llave. Estaba simplemente sujeta a un cordel en el llavero de la puerta de entrada, que estaba siempre en la cerradura. Colgaba allí desde hacía cerca de cuarenta años. Cada día tía Dide había debido de tocarla con la mano, sin decidirse nunca a hacerla desaparecer, ahora que sólo podía devolverla dolorosamente a su voluptuosidad muerta. Cuando Silvère se hubo asegurado de que abría la puertecita, esperó al día siguiente, soñando con las alegrías de la sorpresa que le reservaba a Miette. Le había ocultado sus pesquisas. Al día siguiente, en cuanto oyó a la niña dejar el cántaro, abrió suavemente la puerta, cuyo umbral cubierto de largas hierbas despejó de un empujón. Estirando la cabeza, divisó a Miette inclinada sobre el brocal, mirando en el pozo, enteramente absorta en la espera. Llegó en dos zancadas al entrante que formaba el muro, y desde allí llamó: «¡Miette! ¡Miette!», con una voz dulcificada que la estremeció. Alzó la cabeza, creyéndolo sobre la albardilla. Después, cuando lo vio en el Jas, a unos pasos de ella, lanzó un ligero grito de asombro; acudió. Se cogieron de las manos; se contemplaban, encantados de estar tan cerca uno del otro, encontrándose mucho más guapos así, a la luz cálida del sol. Era a mediados de agosto, el día de la Asunción; a lo lejos las campanas sonaban en ese aire límpido de las grandes fiestas, que parece tener hálitos particulares de rubios regocijos. - ¡Buenos días, Silvère! - ¡Buenos días, Miette! Y la voz con que intercambiaron su saludo matinal les extrañó. Sólo conocían sus sonidos velados por el eco del pozo. Les pareció clara como un canto de alondra. ¡Ah, qué bien se estaba en aquel rincón tibio, en aquel aire de fiesta! Seguían cogidos de las manos, Silvère apoyado de espaldas contra el muro, Miette echada un poco hacia atrás. Entre ellos, sus sonrisas tendían una claridad. Iban a decirse todas las buenas cosas que no habían osado confiar a las sordas sonoridades del pozo, cuando Silvère, volviendo la cabeza a un ligero ruido, palideció y soltó las manos de Miette. Acababa de ver a tía Dide ante él, erguida, parada en el umbral de la

puerta. La abuela había ido por azar al pozo. Al divisar, en el viejo muro negro, el boquete blanco de la puerta que Silvère había abierto de par en par, recibió un violento golpe en el corazón. Aquel boquete blanco le parecía un abismo de luz excavado brutalmente en su pasado. Volvió a verse en medio de la claridad de la mañana, corriendo, pasando el umbral con todo el arrebatado de sus amores nerviosos. Y allí estaba esperándola Macquart. Se colgaba de su cuello, se quedaba junto a su pecho, mientras el sol naciente, que entraba con ella en el patio por la puerta que no se tomaba el ir abajo de cerrar, los bañaba con sus rayos oblicuos. Visión brusca que la sacaba cruelmente del sueño de su vejez, como un castigo supremo, despertando en ella el escozor ardiente del recuerdo. Jamás se le había ocurrido la idea de que aquella puerta pudiera abrirse aún. La muerte de Macquart, para ella, la había tapiado. Si el pozo y el muro entero hubiesen desaparecido bajo tierra no se habría visto sorprendida por un estupor mayor. Y en su asombro, ascendía sordamente una rebelión contra la mano sacrílega que, tras haber violado aquel umbral, había dejado tras sí el boquete blanco como una tumba abierta. Se adelantó, atraída por una especie de fascinación. Se mantuvo inmóvil en el marco de la puerta. Allí, miró al frente, con dolorosa sorpresa. Le habían dicho, sí, que el cercado de los Fouque se hallaba unido al Jas-Meiffren; pero jamás habría pensado que su juventud estaba muerta hasta ese punto. Un gran viento parecía haberse llevado cuanto seguía siendo caro a su memoria. La vieja vivienda, el inmenso huerto, con sus bancales verdes de hortalizas, habían desaparecido. Ni una piedra, ni un árbol de antaño. Y en el sitio de aquel rincón donde ella había crecido, y que todavía la víspera veía cerrando los ojos, se extendía un jirón de suelo desnudo, una ancha rastrojera desolada como una landa desierta. Ahora, cuando, con los párpados cerrados, quisiera evocar las cosas del pasado, se le aparecían siempre esos rastros, semejantes a un sudario de amarillento buriel arrojado sobre la tierra donde su juventud estaba sepultada. Frente a aquel horizonte trivial e indiferente, creyó que su corazón moría por segunda vez. Todo, a esas horas, estaba más que terminado. Le quitaban hasta los sueños de sus recuerdos. Entonces lamentó haber cedido a la fascinación del boquete blanco, de aquella puerta abierta a los días desaparecidos para siempre. Iba a retirarse, a cerrar la puerta maldita, sin tratar siquiera de conocer la mano que la había violado, cuando divisó a Miette y Silvère. La vista de los dos niños enamorados que esperaban su mirada, confusos, la cabeza gacha, la retuvo en el umbral, presa de un dolor más vivo. Ahora comprendía. Hasta el final, ella debía encontrarse, ella y Macquart, uno en brazos del otro en la clara mañana. Por donde el amor había pasado, el amor pasaba de nuevo. Era el eterno retorno, con sus alegrías presentes y sus lágrimas futuras. Tía Dide no vio sino las lágrimas, y tuvo como un rápido presentimiento que le mostró a los dos niños ensangrentados, heridos en el corazón. Sacudida por entero por el recuerdo de los sufrimientos de su vida, que aquel lugar acababa de despertar en ella, lloró a su querido Silvère. Ella era la única culpable; si no hubiera en tiempos horadado la muralla, Silvère no estaría en aquel rincón perdido, a los pies de una chica, embriagándose con una felicidad que irrita a la muerte y la llena de celos. Al cabo de un silencio, fue, sin decir palabra, a coger al joven de la mano. Acaso los habría dejado allí, parlotando al pie del muro, si no se hubiera sentido cómplice de aquellas dulzuras mortales. Cuando regresaba con Silvère, se dio la vuelta, al oír el paso ligero de Miette, que se había apresurado a recoger su cántaro y a huir a través de la rastrojera. Corría locamente, feliz de haber salido tan bien parada. Tía Dide tuvo una sonrisa involuntaria, al verla atravesar el campo como una cabra escapada. -Es muy joven -murmuró-. Tiene tiempo. Sin duda, quería decir que Miette tenía tiempo de sufrir y de llorar. Después, volviendo la mirada hacia Silvère, que había seguido extasiado la carrera de la niña en el límpido sol, agregó simplemente: -Ten cuidado, hijo mío, de eso se muere. Fueron las únicas palabras que pronunció en esta aventura, que removió todos los dolores dormidos en el fondo de su ser. Para ella el silencio era una religión. Cuando Silvère hubo entrado, cerró la puerta con doble vuelta y tiró la llave al pozo. Estaba segura, de esta manera, de que la puerta no volvería a hacerla cómplice. Regresó a examinarla un instante, feliz de verla recobrar su aire sombrío e inmutable. La tumba estaba cerrada, el boquete blanco se encontraba cegado para siempre por esas pocas tablas negras de humedad, verdes de musgo, sobre las cuales los caracoles habían llorado lágrimas de plata. Por la noche, tía Dide tuvo una de esas crisis nerviosas que aún la sacudían de vez en cuando. Durante esos ataques hablaba a menudo en voz alta, sin ilusión, como en una pesadilla. Esa noche, Silvère, que la sujetaba en su lecho, afligido por una angustiosa compasión por el pobre cuerpo retorcido, la oyó pronunciar jadeante las palabras de aduanero, disparo, muerte. Y se debatía, pedía gracia, soñaba con la venganza. Cuando la crisis tocó a su fin, ella sintió, como sucedía siempre, un espanto singular, un estremecimiento de pavor que le hacía castañear los dientes. Se incorporaba a medias, miraba con despavorido asombro por los rincones de la habitación, luego se desplomaba sobre la almohada lanzando prolongados suspiros. Sin duda la asaltaba una alucinación. Entonces atrajo a Silvère sobre su pecho, pareció empezar a reconocerlo, aunque confundiendo a ratos con otra persona. -Están ahí -tartamudeó-. Míralos, van a cogerte, te matarán de nuevo... No quiero... Despídelos, diles que no quiero, que me hacen daño, clavando así sus miradas sobre mí... -Y se volvió hacia la pared, para no ver a la gente de la que hablaba. Al cabo de un silencio-: Tú estás junto a mí, ¿verdad,

hijo mío? -continuó-. No tienes que abandonarme... He creído que iba a morir hace un momento... Nos equivocamos al horadar el muro. Desde ese día he subido. Sabía perfectamente que esa puerta nos volvería a traer desgracias... ¡Ah, queridos inocentes, cuántas lágrimas! Los matarán, a ellos también, a disparos, como a perros. -Caía de nuevo en su estado de catalepsia, ni siquiera sabía que Silvère estaba allí. Bruscamente se enderezó, miró al pie de la cama, con una horrible expresión de terror-. ¿Por qué no los has despedido? -gritó, ocultando su cabeza cana en el pecho del joven-. Siguen ahí. El que tiene el fusil me hace señas de que va a disparar... Poco después se durmió con el pesado sueño que remataba las crisis. Al día siguiente parecía haberlo olvidado todo. Jamás habló con Silvère de la mañana en que lo había encontrado con una enamorada tras el muro. Los jóvenes estuvieron dos días sin verse. Cuando Miette se atrevió a volver al pozo, se prometieron no cometer de nuevo el desatino de la antevíspera. Sin embargo, su entrevista, tan bruscamente cortada, les había inspirado un vivo deseo de encontrarse a solas en el fondo de cualquier dichosa soledad. Cansados de las alegrías que el pozo les ofrecía, y no queriendo apenas a tía Dide, al volver a ver a Miette del otro lado del muro Silvère suplicó a la niña que lo citara en otra parte. Ella no se hizo rogar, por lo demás; aceptó la idea con risas satisfechas de chiquilla que no piensa aún en el mal; lo que la hacía reír era la idea de que iba a vencer en agudeza a aquel espía de Justin. Cuando los enamorados estuvieron de acuerdo, discutieron durante mucho tiempo la elección de un lugar donde encontrarse. Silvère propuso escondites imposibles; soñaba con hacer auténticos viajes, o bien con reunirse con la joven, a media noche, en los graneros del Jas-Meiffren. Miette, más práctica, se encogió de hombros, declarando que buscaría algo a su vez. Al día siguiente sólo se quedó un minuto en el pozo, el tiempo de sonreírle a Silvère y de decirle que se encontrara por la noche, hacia las diez, al fondo del ejido de San Mittre. ¡Imaginémonos si el joven fue puntual! Todo el día lo había intrigado mucho la elección de Miette. Su curiosidad aumentó cuando se hubo metido por la estrecha vereda que las pilas de tablas formaban al fondo del terreno. «Vendrá por ahí», se decía mirando hacia el lado de la carretera de Niza. Luego oyó un gran ruido de ramas tras el muro, y vio aparecer, por encima de la albardilla, una cabeza risueña, desgreñada, que le gritó gozosa: -¡Soy yo! Y era Miette, en efecto, que había trepado como un golfillo a una de las moreras que bordean todavía hoy la tapia del Jas. En dos saltos alcanzó la lápida sepulcral, semienterrada en el ángulo de la muralla, al fondo de la vereda. Silvère la miró bajar con un fascinado asombro, sin pensar siquiera en ayudarla. Le cogió las dos manos, y le dijo: -¡Qué ágil eres! Trepas mejor que yo. Fue así como se encontraron por primera vez en aquel rincón perdido donde debían pasar tan buenas horas. A partir de esa noche, se vieron allí casi todos los días. El pozo sólo les sirvió ya para advertirse de los imprevistos obstáculos surgidos para sus citas, de los cambios de hora, de todas las pequeñas noticias, grandes a sus ojos, y que no toleraban un retraso; bastaba que aquel que tenía algo que comunicar al otro pusiera en marcha la roldana, cuyo ruido estridente se oía de muy lejos. Pero, aun cuando ciertos días se llamasen dos o tres veces para decirse naderías de enorme importancia, sólo saboreaban sus verdaderas alegrías por la noche, en la discreta vereda. Miette era de una rara puntualidad. Felizmente dormía encima de la cocina, en una habitación donde se guardaban, antes de su llegada, las provisiones para el invierno, y a la que llevaba una pequeña escalera privada. Podía así salir a cualquier hora sin que la vieran el viejo Rébufat ni Justin. Contaba, además, si este último la veía regresar alguna vez, con meterle algún cuento, mirándolo con aquel aire duro que le cerraba la boca. ¡Ah! ¡Qué felices y tibias veladas! Estaban entonces a primeros de septiembre, mes de claro sol en Provenza. Los enamorados no podían reunirse sino hacia las nueve. Miette llegaba por su tapia. Pronto adquirió tal habilidad para salvar ese obstáculo que casi siempre estaba sobre la antigua lápida sepulcral antes de que Silvère le hubiese tendido los brazos. Y se reía de su proeza, se quedaba allí un instante, sofocada, despeinada, dándose golpecitos en la falda para bajársela. Su enamorado la llamaba, riendo, «malvado pilluelo». En el fondo, le gustaba la fanfarronería de la niña. La miraba saltar su tapia con la complacencia de un hermano mayor que asiste a los ejercicios de uno de sus hermanos más jóvenes. ¡Había tanta puerilidad en su ternura naciente! En varias ocasiones trazaron el proyecto de ir un día a buscar nidos de pájaros a orillas del Viorne. -¡Ya verás cómo subo a los árboles! -decía Miette orgullosamente-. Cuando estaba en Chavanoz, llegaba hasta lo alto de los nogales del tío André. ¿Nunca has cogido urracas? ¡Es lo más difícil! Y se entablaba una discusión sobre la forma de trepar por los álamos. Miette daba su opinión francamente, como un muchacho. Pero Silvère, cogiéndola por las rodillas, la había bajado al suelo, y caminaban uno al lado del otro, con los brazos por la cintura. Mientras discutían sobre la manera en que se deben poner los pies y las manos en el nacimiento de las ramas, se apretaban aún más, sentían bajo sus abrazos calores desconocidos que los quemaban con extraño gozo. Nunca el pozo les había procurado tales placeres. Seguían siendo niños, tenían juegos y conversaciones de chiquillos, y saboreaban goces de enamorados, aunque sin saber hablar de amor, sólo con cogerse de la punta de los dedos. Buscaban la tibieza de sus manos, asaltados por una instintiva necesidad, ignorando a dónde iban sus sentidos y su corazón. En esa hora de feliz ingenuidad, se ocultaban incluso la singular emoción que se daban mutuamente al menor contacto. Sonrientes, extrañados a veces de

la dulzura que fluían por ellos, en cuanto se tocaban, se abandonaban secretamente a la suavidad de sus nuevas sensaciones, mientras seguían conversando como dos escolares, de los nidos de urraca que son tan difíciles de alcanzar. Y caminaban, en el silencio del sendero, entre las pilas de tablas y la tapia del Jas-Meiffren. Jamás sobrepasaban el extremo de aquel estrecho callejón sin salida, volviendo sobre sus pasos a cada vez. Estaban en su casa. A menudo, Miette, feliz de sentirse tan bien escondida, se detenía y se felicitaba por su descubrimiento: - ¡Sí que tuve buena mano! -decía encantada-. ¡Aunque anduviéramos una legua, no encontraríamos un escondite mejor! La hierba espesa ahogaba el ruido de sus pasos. Estaban anegados en una ola de tinieblas, mecidos entre dos oscuras orillas, sin ver más que una franja de un azul intenso, sembrada de estrellas, por encima de sus cabezas. Y en la vaguedad del suelo que hollaban, en ese parecido de la vereda a un arroyo de sombras fluyendo bajo el cielo negro y oro, experimentaban una emoción indefinible, bajaban la voz, aunque nadie pudiera escucharlos. Entregándose a esas ondas silenciosas de la noche, la carne y el espíritu flotantes se contaban, esas noches, las mil naderías de la jornada con temblores de enamorados. Otras veces, en las noches claras, cuando la luna recortaba nítidamente las líneas del muro y de las pilas de tablas, Miette y Silvère conservaban su despreocupación de niños. La vereda se alargaba, iluminada por rayas blancas, muy alegre, sin incógnitas. Y los dos amigos se perseguían, reían como chavales en el recreo, se aventuraban incluso a trepar a las pilas de tablas. Silvère tenía que asustar a Miette, diciéndole que Justin quizá estuviera detrás de la tapia, acechándola. Entonces, aún jadeantes, caminaban uno junto al otro, prometiéndose ir a correr un día por los prados de Santa Clara, para saber cuál de los dos atraparía al otro más de prisa. Sus amores nacientes se acomodaban así a las noches oscuras y a las noches limpias. Su corazón estaba siempre despierto, y bastaba un poco de sombra para que su abrazo fuese más dulce y su risa más blandamente voluptuosa. El amado retiro, tan alegre al claro de luna, tan extrañamente conmovido en las noches sombrías, les parecía inagotable en estallidos de gozo y en silencios estremecidos. Y hasta media noche se quedaban allí, mientras la ciudad se dormía y las ventanas del arrabal se apagaban una a una. Nunca vieron perturbada su soledad. A esa hora avanzada los chiquillos ya no jugaban al escondite detrás de las pilas de tablas. A veces, cuando los jóvenes oían algún ruido, una canción de obreros que pasaban por la carretera, voces que llegaban de las aceras vecinas, se aventuraban a echar una mirada al ejido de San Mittre. El campo de vigas se extendía, vacío, poblado por raras sombras. En las veladas tibias, veían allí vagas parejas de enamorados, viejos sentados en los maderos, al borde del camino real. Cuando las noches se volvían más frescas, sólo distinguían el ejido melancólico y desierto, algún fuego de gitanos, ante el cual pasaban grandes sombras negras. El aire en calma de la noche les traía palabras y sonidos perdidos, las buenas noches de un burgués que cerraba su puerta, el chasquido de un postigo, las campanadas graves de los relojes, todos esos ruidos menguantes de una ciudad de provincias que se acuesta. Y cuando Plassans estaba dormido, oían aún las disputas de los gitanos, el chisporroteo de su hoguera, en medio del cual se alzaban bruscamente voces guturales de jovencitas cantando en una lengua desconocida, llena de acentos rudos. Pero los enamorados no miraban mucho rato afuera, al ejido de San Mittre; se apresuraban a volver a su hogar, seguían caminando a lo largo de su amado sendero cerrado y discreto. ¡Poco les preocupaban los demás, la ciudad entera! Las pocas tablas que los separaban de la gente maligna les parecían, a la larga, una barrera infranqueable. Estaban tan solos, eran tan libres en aquel rincón situado en pleno arrabal, a cincuenta pasos de la puerta de Roma, que a veces se imaginaban estar muy lejos, al fondo de alguna cavidad del Viorne, en campo raso. De todos los ruidos que llegaban a ellos, sólo escuchaban uno con una emoción inquieta, el de los relojes sonando lentamente en la noche. Cuando daba la hora, a veces fingían no oírla, a veces se paraban en seco, como para protestar. Sin embargo, por más que se concedieran diez minutos de gracia, tenían que decirse adiós. Habrían jugado, habrían charlado hasta la madrugada, con los brazos enlazados, con el fin de experimentar ese singular ahogo cuyas delicias saboreaban en secreto, con continuas sorpresas. Miette se decidía por fin a subir por su tapia. Pero aún no se había acabado, la despedida duraba todavía un cuarto de hora largo. Después de franquear el muro, la niña se quedaba allí, de codos sobre la albardilla, sujeta por las ramas de la morera que le servía de escalera. Silvère, de pie en la lápida sepulcral, podía cogerle las manos, seguir charlando a media voz. Repetían más de diez veces: «¡Hasta mañana!», y siempre encontraban nuevas palabras. Silvère rezongaba: -Vamos, baja; son más de las doce. Pero, con testarudez de muchacha, Miette quería que él bajase el primero; deseaba verlo irse. Y como el joven se las tenía tiesas, ella acababa por decir bruscamente, para castigarlo, sin duda: -Voy a saltar, vas a ver. Y saltaba de la morera, con gran susto de Silvère. Oía el ruido sordo de su caída; luego ella huía con un estallido de risa, sin querer contestar a su último adiós. Él se quedaba unos instantes mirando su sombra vaga, hundirse en la oscuridad, y lentamente bajaba a su vez, se dirigía al callejón de San Mittre. Durante dos años, fueron allí cada día. Disfrutaron, en sus primeras citas, de algunas hermosas noches todavía tibias. Los enamorados pudieron creerse en mayo, en el mes de los estremecimientos de la savia, cuando un buen olor a tierra y a hojas nuevas se arrastra en el aire cálido. Aquel

rebrote, aquella primavera tardía, fue para ellos como una gracia del cielo, que les permitió correr libremente por el sendero y estrechar su amistad con apretados lazos. Después llegaron las lluvias, las nieves, las heladas. Aquellos malos humores del invierno no los contuvieron. Miette ya no vino sin su pelliza parda, y ambos se burlaron del mal tiempo. Cuando la noche era seca y clara, cuando leves soplos levantaban bajo sus pasos un polvillo blanco de helada, y les herían el rostro como golpecitos de finas varillas, se guardaban de sentarse; iban y venían más de prisa, envueltos en la pelliza, con las mejillas amoratadas, los ojos llorosos de frío; y se reían, sacudidos por entero de gozo por su rápida marcha en el aire helado. Una noche de nieve se divirtieron haciendo una enorme bola, que llevaron rodando hasta un rincón; se quedó allí un mes largo, lo cual los llenó de asombro a cada nueva cita. La lluvia no los asustaba mucho más. Se vieron con terribles aguaceros que los calaban hasta los huesos. Silvère acudía diciéndose que Miette no cometería la locura de ir; y cuando Miette llegaba a su vez, no sabía cómo regañarla. En el fondo, la esperaba. Acabó por buscar un refugio contra el mal tiempo, sabiendo que saldrían de todas maneras, pese a su mutua promesa de no poner los pies fuera cuando lloviese. Para encontrar un techo, sólo tuvo que ahuecar una pila de tablas; retiró algunos pedazos de madera, que dejó sueltos, para que pudiera desplazarlos y volverlos a colocar fácilmente. A partir de entonces, los enamorados tuvieron a su disposición una especie de garita baja y estrecha, un agujero cuadrado, donde sólo podían estar apretados el uno contra el otro, sentados en la punta de un tablón, que dejaban en el fondo de su cobijo. Cuando caía agua, el primero en llegar se refugiaba allí; y cuando se encontraban reunidos, escuchaban con un gozo infinito el aguacero que golpeaba las pilas de tablas con sordos redobles de tambor. Ante ellos, a su alrededor, en la negrura de tinta de la noche, había un gran chorrear que ellos no veían, y cuyo ruido continuo semejava la alta voz de una muchedumbre. Estaban muy solos, empero, en el fin del mundo, en el fondo de las aguas. Jamás se sentían tan felices, tan separados de los otros, como en medio de ese diluvio, en esa pila de tablas, amenazados a cada instante de verse arrastrados por los torrentes del cielo. Sus rodillas dobladas llegaban casi a ras de la abertura, y ellos se hundían lo más posible, las mejillas y las manos bañadas en un fino polvo de lluvia. A sus pies, gruesas gotas caídas de las tablas chapoteaban acompasadas. Y tenían calor con la pelliza parda; estaban tan estrechos que Miette se encontraba a medias sobre las rodillas de Silvère. Parloteaban; después enmudecían, invadidos por una languidez, adormilados por la tibieza de su abrazo y por el redoble monótono del aguacero. Así estaban horas, con ese amor a la lluvia que hace caminar gravemente a las niñas pequeñas, en días de tormenta, con una sombrilla abierta en la mano. Acabaron prefiriendo las veladas lluviosas. Sólo que su separación resultaba entonces más penosa. Era preciso que Miette salvase su muro bajo una lluvia insistente, y que cruzase los charcos del Jas-Meiffren en plena oscuridad. En cuanto ella salía de sus brazos, Silvère la perdía en las tinieblas, en el clamor del agua. Escuchaba en vano, ensordecido, cegado. Pero la inquietud en que los sumía a los dos esta brusca separación era un encanto más; hasta el día siguiente se preguntaban si no les habría ocurrido algo, con aquel tiempo de perros; podían haber resbalado, quizá se habían extraviado, temores que los absorbían tiránicamente a uno y otro, y que hacían más tierna la entrevista siguiente. Por fin volvieron los días buenos, abril trajo noches dulces, la hierba del sendero creció locamente. En aquella oleada de vida que fluía del cielo y ascendía de la tierra, entre las embriagueces de la joven estación, a veces los enamorados añoraron su soledad invernal, las tardes de lluvia, las noches heladas, durante las cuales estaban tan perdidos, tan lejos de todo ruido humano. Ahora el día no caía ya tan pronto; maldecían los largos crepúsculos y cuando la noche se había hecho tan negra como para que Miette pudiera trepar por el muro sin peligro de ser vista, cuando habían conseguido por fin deslizarse en su sendero, ya no encontraban en él el aislamiento que agradaba a su salvajismo de niños enamorados. El ejido de San Mittre se poblaba, los chiquillos del arrabal se quedaban sobre las vigas, persiguiéndose y gritando, hasta las once; ocurrió incluso a veces que uno de ellos fue a esconderse tras las pilas de tablas, lanzando a Miette y Silvère la risa descarada de un golfo de diez años. El temor de verse sorprendidos, el despertar, los ruidos de la vida que crecían en torno a ellos, a medida que la estación se volvía más cálida, dieron inquietud a sus entrevistas. Además empezaban a ahogarse en la estrecha vereda. Jamás ésta se había estremecido con un temblor tan ardiente; jamás el suelo, ese mantillo donde dormían las últimas osamentas del antiguo cementerio, había dejado escapar hálitos más turbadores. Y había en ellos aún demasiada infancia para disfrutar del encanto voluptuoso de aquel agujero perdido, tan febril con la primavera. Las hierbas les llegaban a las rodillas; iban y venían con dificultad, y cuando aplastaban los jóvenes brotes, ciertas plantas exhalaban olores acres que los embriagaban. Entonces, presa de extrañas lasitudes, turbados y vacilantes, los pies como atados por las hierbas, se adosaban al muro con los ojos entrecerrados, sin poder avanzar más. Les parecía que toda la languidez del cielo penetraba en ellos. Su petulancia de escolares concordaba mal con aquellas debilidades súbitas, y acabaron por acusar a su retiro de carecer de aire y por decidirse a ir a pasear su ternura más lejos, en pleno campo. Entonces hubo, cada noche, nuevas escapadas. Miette vino con su pelliza; los dos se enterraban en la amplia prenda, se deslizaban a lo largo de los muros, alcanzaban el camino real, los campos libres,

los campos anchos, donde el aire circulaba poderosamente como las olas en alta mar. Y ya no se ahogaban, recobraban allí su infancia, sentían disiparse los vahídos, las embriagueces que les causaban las altas hierbas del ejido de San Mittre. Exploraron durante dos veranos aquel rincón de la comarca. Cada punta de roca, cada banco de césped los conoció pronto; y no había grupo de árboles, seto, zarzal que no fuera amigo suyo. Realizaron sus sueños: hubo locas carreras por los prados de Santa Clara, y Miette corría de lo lindo, y Silvère tenía que dar sus mayores zancadas para atraparla. Fueron también en busca de nidos de urraca; Miette, cabezona, queriendo demostrar cómo trepaba a los árboles, en Chavanoz, se ataba las faldas con un trozo de cordel, y subía a los álamos más altos; abajo, Silvère temblaba, con los brazos hacia delante, como para recibirla en el caso de que resbalase. Estos juegos apaciguaban sus sentidos, hasta el extremo de que una tarde estuvieron a punto de pegarse como dos galopines que salen de la escuela. Pero, en la ancha campiña, había también hoyos que no les resultaban perjudiciales en nada. Mientras caminaban, surgían risas ruidosas, empujones, chanzas; recorrían leguas, llegaban a veces hasta la cadena de Les Garrigues, seguían los senderos más estrechos, y a menudo atajaban a campo traviesa; la comarca les pertenecía, vivían en ella como en país conquistado, disfrutando de la tierra y del suelo. Miette, con esa manga ancha de las mujeres, no se cohibía para coger un racimo de uvas, una rama de almendras verdes, en los viñedos, en los almendros, cuyos ramos la azotaban al pasar; eso contrariaba las ideas absolutas de Silvère, sin que se atreviera por lo demás a regañar a la jovencita, cuyos escasos enfurruñamientos le desesperaban. «¡Ah, qué mala! –pensaba dramatizando puerilmente la situación-, hará de mí un ladrón.» Y Miette le metía en la boca su parte de la fruta robada. Las astucias que él empleaba -llevándola del talle, evitando los árboles frutales, haciendo que lo persiguiera por las cepas-, para apartarla de esa necesidad instintiva de saqueo, agotaban pronto su imaginación. Y la obligaba a sentarse. Entonces volvían a ahogarse. Las hondonadas del Viorne, sobre todo, estaban llenas para ellos de una sombra febril. Cuando la fatiga los llevaba a orillas del torrente, perdían su hermosa alegría de chiquillos. Bajo los sauces flotaban tinieblas grises, semejantes a los crespones almizclados de un tocado femenino. Los niños sentían que esos crespones, como perfumados y tibios aún de los hombros voluptuosos de la noche, acariciaban las sienes, los envolvían en una invencible languidez. A lo lejos, los grillos cantaban en los prados de Santa Clara, y el Viorne tenía a sus pies voces susurrantes de enamorados, ruidos dulcificados de labios húmedos. Del cielo dormido traía una lluvia cálida de estrellas. Y bajo el temblor de ese suelo, de esas aguas, de esa sombra, los niños, acostados de espaldas, en plena hierba, uno al lado del otro, desfallecidos y con las miradas perdidas en la negrura, se buscaban las manos, intercambiaban un corto apretón. Silvère, que comprendía vagamente el peligro de esos éxtasis, se levantaba a veces de un salto proponiendo pasar a una de las islas que las aguas bajas descubrían en medio del río. Ambos, descalzos, se aventuraban; a Miette le traían sin cuidado los guijarros, no quería que Silvère la sostuviera, y una vez cayó sentada en medio de la corriente; pero no había ni veinte centímetros de agua, y salió del trance poniendo a secar su falda encimera. Después, cuando estaban en la isla, se acostaban de bruces sobre una lengua de arena, con los ojos al nivel de la superficie del agua, cuyas escamas de plata miraban estremecerse a lo lejos, en la noche clara. Entonces Miette declaraba que iba en barco, la isla avanzaba, con toda seguridad; notaba perfectamente que la arrastraba; este vértigo que les daba el gran caudal con que sus ojos se llenaban los divertía un instante, los mantenía allá, en la orilla, cantando a media voz, al igual que los barqueros que con los remos golpean el agua. Otras veces, cuando la isla tenía una ribera baja, se sentaban en ella como en un banco de verdor, dejando que sus pies desnudos colgasen en la corriente. Y durante horas conversaban, salpicando el agua a golpe de talón, balanceando las piernas, disfrutando al desencadenar tempestades en la apacible cuenca cuya frescura calmaba su fiebre. Estos baños de pies engendraron en el ánimo de Miette un capricho que a punto estuvo de estropear sus hermosos amores inocentes. Quiso a toda costa bañarse del todo. Un poco más arriba del puente del Viorne había una poza, muy adecuada, decía, apenas de tres o cuatro pies de profundidad, y muy segura; hacía tanto calor, se estaría tan a gusto en el agua hasta los hombros; y además hacía mucho tiempo que se moría de ganas de saber nadar, Silvère le enseñaría. Silvère oponía objeciones: de noche no era prudente, podrían verlos, a lo mejor les haría daño; pero no decía la verdadera razón, estaba instintivamente muy alarmado ante la idea de este nuevo juego, se preguntaba cómo se desvestirían, y de qué forma se las arreglaría para sostener a Miette sobre el agua, en sus brazos desnudos. Ella no parecía sospechar tales dificultades. Una noche ella apareció con un traje de baño que se había cortado de un vestido viejo. Silvère tuvo que regresar a casa de tía Dide a buscar el suyo. La excursión fue totalmente ingenua. Miette ni siquiera se alejó; se desvistió con naturalidad a la sombra de un sauce, tan tupido que su cuerpo de niña sólo puso en él durante unos segundos una vaga blancura. Silvère, de piel morena, apareció en la noche como el tronco sombreado de un roble joven, mientras que las piernas y los brazos de la jovencita, desnudos y robustos, parecían los tallos lechosos de los abedules de la orilla. Después ambos, como vestidos con las manchas oscuras que el alto follaje proyectaba sobre ellos, entraron alegremente en el agua, llamándose, lanzando exclamaciones, sorprendidos por el frescor. Y los

escrúpulos, las vergüenzas inconfesadas, los pudores secretos, quedaron olvidados. Allí estuvieron una hora larga, chapoteando, echándose agua a la cara, Miette enfadándose y luego estallando en risas, y Silvère dándole su primera clase, sumergiéndole de vez en cuando la cabeza, para curtirla. Mientras la sostenía con una mano por el cinturón del traje, pasándole la otra mano bajo el vientre, ella movía furiosamente piernas y brazos, creía nadar; pero, en cuanto la soltaba, se debatía gritando y, con las manos extendidas, azotando el agua, se agarraba a donde podía, a la cintura del joven, a una de sus muñecas. Se abandonaba un instante contra él, descansaba, sin resuello, empapada, mientras su traje mojado dibujaba las gracias de su busto de virgen. Después gritaba: -Una vez más; pero lo haces adrede, no me sostienes. Y nada vergonzoso les venía de aquellos abrazos de Silvère, que se inclinaba para sujetarla, de aquellos salvamentos enloquecidos de Miette colgada al cuello del joven. El frío del baño les inspiraba una pureza de cristal. Eran, bajo la noche tibia, entre el follaje pasmado, dos inocencias desnudas que reían. Silvère, tras los primeros baños, se reprochó secretamente haber pensado mal. ¡Miette se desvestía tan pronto, y estaba tan fresca en sus brazos, tan sonora de risas! Pero al cabo de quince días la niña supo nadar. Con sus miembros libres, mecida por las olas, jugando con él, se dejaba invadir por la blanda dulzura del río, por el silencio del cielo, por las ensoñaciones de las riberas melancólicas. Cuando los dos nadaban sin ruido, Miette creía ver, en las dos orillas, el follaje espesarse, inclinarse hacia ellos, revestir su retiro con enormes cortinas. Y los días de luna, entre los troncos se deslizaban resplandores, dulces apariciones que paseaban a lo largo de la orilla con trajes, blancos. Miette no tenía miedo. Experimentaba una emoción indefinible al seguir los juegos de la sombra. Mientras avanzaba, con lentos movimientos, el agua tranquila, que la luna convertía en un claro espejo, se arrugaba al acercarse ella como una tela de lamé de plata; los círculos se ensanchaban, se perdían en las tinieblas de las orillas, bajo las ramas colgantes de los sauces, donde se oían chapoteos misteriosos; y, a cada brazada, encontraba así cavidades llenas de voces, hoyos negros ante los cuales pasaba más deprisa, bosquecillos, hileras de árboles cuyas masas oscuras cambiaban de forma, se alargaban, parecían seguirla desde lo alto del ribazo. Cuando se ponía de espalda, las profundidades del cielo la enternecían también. De la campiña, de los horizontes que no veía, oía entonces ascender una voz grave, prolongada, hecha de todos los suspiros de la noche. No era de natural soñador, y disfrutaba con todo su cuerpo, con todos sus sentidos, del cielo, del río, de las sombras, de las claridades. El río, sobre todo, esa agua, ese terreno móvil, la llevaba con caricias infinitas. Experimentaba, al remontar la corriente, un gran placer al sentir el agua deslizarse más rápida contra su pecho, y contra sus piernas; era un largo cosquilleo, muy dulce, que podía aguantar sin risas nerviosas. Se hundía más aún, se metía en el agua hasta los labios, para que la corriente pasara sobre sus hombros, la envolviera de un tirón, de la barbilla a los pies, en su beso huidizo. Sentía una languidez que la dejaba inmóvil en la superficie, mientras las olitas resbalaban blandamente entre su traje y la piel, hinchando la tela; después se revolcaba en las superficies muertas, como una gata sobre una alfombra; e iba del agua luminosa, donde se bañaba la luna, al agua negra, ensombrecida por el follaje, con escalofríos, como si hubiera abandonado una llanura soleada y sentido el frío de las ramas caerle sobre la nuca. Ahora se apartaba para desvestirse, se escondía. En el agua, guardaba silencio; no quería ya que Silvère la tocara; se deslizaba suavemente a su lado, nadando con el ruidito de un pájaro cuyo vuelo cruza un zarzal; o a veces daba vueltas en torno a él, presa de vagos temores que no se explicaba. También él se alejaba, cuando rozaba uno de sus miembros. El río tenía ya sólo para ellos una embriaguez muelle, un embotamiento voluptuoso que los turbaba extrañamente. Cuando salían del baño, sobre todo, experimentaban somnolencias, vahídos. Estaban como agotados. Miette tardaba una hora larga en vestirse. Al principio se ponía sólo la blusa y una falda; luego se quedaba allí, extendida en la hierba quejándose de cansancio, llamando a Silvère, que se hallaba a unos pasos, la cabeza vacía, los miembros llenos de extraña y excitante lasitud. Y al regreso, había más ardor en su abrazo, sentían mejor, a través de sus ropas, su cuerpo flexible por el baño, se detenían lanzando grandes suspiros. El moño enorme de Miette, todavía muy húmedo, su nuca, sus hombros tenían un aroma fresco, un olor puro, que acababan de embriagar al joven. La niña, felizmente, declaró una noche que no tomaría más baños, que el agua fría hacía que la sangre se le subiese a la cabeza. Sin duda dio esta razón con toda verdad, con toda inocencia. Reanudaron sus largas conversaciones. En el espíritu de Silvère sólo perduró, del peligro que acababan de correr sus amores ignorantes, una gran admiración por el vigor físico de Miette. En quince días había aprendido a nadar, y a menudo, cuando competían en velocidad, la había visto cortar la corriente con un brazo tan rápido como el suyo. Él, que adoraba la fuerza, los ejercicios corporales, sentía su corazón enternecido al verla tan fuerte, tan poderosa y hábil de cuerpo. Se apoderaba de su corazón un singular aprecio por sus robustos brazos. Una noche, después de uno de esos primeros baños que los dejaban tan risueños, se habían agarrado por la cintura, en una banda de arena, y durante largos minutos habían luchado, sin que Silvère consiguiera derribar a Miette; luego, al perder el equilibrio el joven, la niña había quedado en pie. Su enamorado la trataba como a un chico, y fueron esas marchas forzadas, esas carreras locas a través de los prados, esos nidos encontrados en las copas de los árboles, esas luchas, todos esos

juegos violentos, los que los protegieron tan largo tiempo y les impidieron manchar su ternura. Había también en el amor de Silvère, amén de su admiración por la fanfarronería de su enamorada, la dulzura de su corazón tierno con los desdichados. Él, que no podía ver a un ser abandonado, a un pobre hombre, a un niño caminando descalzo entre el polvo de los caminos, sin sentir un nudo de piedad en la garganta, amaba a Miette porque nadie la amaba, porque llevaba una ruda existencia de paria. Cuando la veía reír, se emocionaba profundamente con esta alegría que él le daba. Además, como la niña era tan salvaje como él, se entendían en su odio a las comadres del arrabal. El sueño que él acariciaba, cuando durante el día, cercaba en casa de su patrón las ruedas de las carretas, a grandes martillazos, estaba lleno de generosa locura. Pensaba en Miette como un redentor. Todas sus lecturas se le subían a la cabeza; quería casarse un día con su amiga para dignificarla a los ojos del mundo; se confiaba una santa misión, el rescate, la salvación de la hija del presidiario. Y tenía la cabeza tan atiborrada de ciertos alegatos que no se decía estas cosas con sencillez, se extraviaba en pleno misticismo social, imaginaba rehabilitaciones apoteósicas, veía a Miette sentada en un trono, en un extremo del paseo Sauvaire, y a toda la ciudad inclinándose, pidiendo perdón, cantando sus alabanzas. Felizmente se olvidaba de estas hermosas cosas en cuanto Miette saltaba su tapia y le decía en la carretera: -¿Quieres que corramos? Apuesto a que no me pillas. Pero, si el joven soñaba despierto con la glorificación de su enamorada, tenía tales necesidades de justicia que a menudo la hacía llorar hablándole de su padre. Pese a las hondas ternuras que la amistad de Silvère había puesto en ella, tenía aún de vez en cuando bruscos despertares, malas horas, en las cuales las cabezonadas, las rebeliones de su naturaleza sanguínea la atiesaban, con los ojos duros, los labios apretados. Entonces sostenía que su padre había hecho muy bien al matar al gendarme, que la tierra pertenece a todo el mundo, que uno tiene derecho a disparar su fusil donde quiera y cuando quiera. Y Silvère, con su voz grave, le explicaba el Código como lo entendía él, con extraños comentarios que habrían indignado a toda la magistratura de Plassans. Esas conversaciones tenían lugar, con mayor frecuencia, en algún rincón perdido de los prados de Santa Clara. La alfombra de hierba, de un negro verduzco, se extendía hasta perderse de vista, sin que un solo árbol manchase el inmenso lienzo, y el cielo parecía enorme, llenando con sus estrellas la redondez desnuda del horizonte. Los niños estaban como acunados por aquel mar de verdor. Miette luchaba mucho tiempo; le preguntaba a Silvère si hubiera valido más que su padre se dejase matar por el gendarme, y Silvère guardaba silencio un instante; después decía que, en tal caso, más valía ser víctima que verdugo, y que era una gran desdicha matar a un semejante, incluso en legítima defensa. Para él, la ley era una cosa santa, los jueces habían tenido razón al enviar a Chantegreil a presidio. La joven se enfurecía, habría golpeado a su amigo, le gritaba que tenía tan mal corazón como los demás. Y, como él continuaba defendiendo firmemente sus ideas de justicia, Miette acababa por estallar en sollozos, balbuciendo que sin duda se avergonzaba de ella, ya que le recordaba todos los días el crimen de su padre. Estas discusiones terminaban entre lágrimas, con una emoción común. Pero, por mucho que llorase la niña, que reconociese que quizá estaba equivocada, conservaba en el fondo todo su salvajismo, su arrebatado sanguíneo. Una vez contó con largas risas cómo un gendarme, al caer de su caballo delante de ella, se había roto una pierna. Por lo demás, Miette sólo vivía ya para Silvère. Cuando éste la interrogaba sobre su tío y su primo, respondía que «no sabía», y si él insistía, por miedo a que en el Jas-Meiffren la hicieran demasiado desgraciada, decía que trabajaba mucho, que nada había cambiado. Creía, empero, que Justin había acabado por saber lo que la hacía cantar de mañana y le llenaba de dulzura los ojos. Pero agregaba: -¿Qué importa eso? Si alguna vez se le ocurre molestarnos, lo recibiremos, ¿verdad?, de tal manera que se le quitarán las ganas de mezclarse en nuestros asuntos. Sin embargo, la campaña abierta, las largas marchas al aire libre, los cansaban a veces. Regresaban siempre al ejido de San Mitre, a la vereda estrecha, de donde los habían expulsado las ruidosas noches estivales, los olores demasiado fuertes de las hierbas pisoteadas, los soplos cálidos y turbadores. Pero, ciertas noches, la vereda se volvía más dulce, la refrescaban los vientos, podían quedarse allí sin experimentar vértigo. Disfrutaban entonces de deliciosos reposos. Sentados en la lápida sepulcral, con los oídos sordos al alboroto de los niños y de los gitanos, se encontraban en su casa. Silvère había recogido en diversas ocasiones fragmentos de huesos, restos de calaveras, y les gustaba hablar del viejo cementerio. Vagamente, con su imaginación viva, se decían que su amor había brotado, como una hermosa planta robusta y férax, en aquel mantillo, en aquel rincón de tierra fertilizada por la muerte. Había crecido como aquellos hierbajos; había florecido como aquellas amapolas que la menor brisa hacía bailar sobre sus tallos, semejantes a corazones abiertos y sangrantes. Y se explicaban los tibios hálitos que pasaban sobre sus frentes, los susurros oídos en las sombras, el largo escalofrío que sacudía la vereda: eran los muertos que les soplaban a la cara sus pasiones desaparecidas, los muertos que les contaban su noche de bodas, los muertos que se revolvían en la tierra, presa de un furioso deseo de amar, de reanudar el amor. Esas osamentas, lo notaban muy bien, estaban llenas de ternura por ellos; las calaveras rotas se calentaban en las llamas de su juventud, los menores despojos los rodeaban de un susurro encantado, de una solicitud inquieta, de unos celos estremecidos. Y cuando se alejaban, el

antiguo cementerio lloraba. Esas hierbas, que les ataban los pies en las noches de fuego, y que les hacían vacilar, eran dedos delgados, afilados por la tumba, salidos del suelo para retenerlos, para arrojarlos uno en brazos de otro. Ese dolor acre y penetrante que exhalaban los tallos rotos era el perfume fecundante, el jugo poderoso de la vida, que elaboran lentamente los ataúdes y que embriaga de deseo a los amantes extraviados en la soledad de los senderos. Los muertos, los viejos muertos, deseaban las bodas de Miette y Silvère. Nunca el espanto invadió a los niños. La flotante ternura que adivinaban en torno a ellos los emocionaba, les llevaba a amar a los seres invisibles cuyo roce creían sentir a menudo, semejante a un leve batir de alas. Simplemente se entristecían a veces con una tristeza dulce, y no comprendían lo que los muertos querían de ellos. Seguían viviendo sus amores ignorantes, en medio de esa oleada de savia, en aquel trozo de cementerio abandonado, donde la tierra abonada rezumaba vida, y que exigía imperiosamente su unión. Las voces, zumbantes que resonaban en sus oídos, los calores súbitos que les hacían subir toda la sangre al rostro, no les decían nada muy claro. Había días en los que el clamor de los muertos resultaba tan alto que Miette, febril, lánguida, semiacostada en la lápida sepulcral, miraba a Silvère con sus ojos anegados, como para decirle: «¿Qué es lo que nos piden? ¿Por qué insuflan así esa llama en mis venas?». Y Silvère, roto, enloquecido, no osaba responder, no osaba repetir las palabras ardientes que creía atrapar en el aire, los consejos locos que le daban las altas hierbas, las súplicas de toda la vereda, de las tumbas mal cerradas ansiosas de servir de yacija a los amores de los dos niños. Se preguntaban a menudo sobre las osamentas que descubrían. Miette, con su instinto femenino, adoraba los temas lúgubres. A cada nuevo hallazgo, hacía suposiciones sin cuento. Si el hueso era pequeño, ella hablaba de una guapa chica enferma del pecho, o arrebatada por unas fiebres, la víspera de su boda; si el hueso era grande, soñaba con algún alto anciano, un soldado, un juez, algún hombre terrible. La lápida sepulcral, sobre todo, los ocupó mucho tiempo. En un hermoso claro de luna, Miette había distinguido, en una de las caras, caracteres semicorroídos. Silvère, con su cuchillo, tuvo que quitar el musgo. Entonces leyeron la inscripción truncada: «Aquí yace... Marie... muerta...». Y Miette, al encontrar su nombre sobre aquella lápida, se había quedado muy impresionada. Silvère la llamó «tonta de remate». Pero ella no pudo contener sus lágrimas. Dijo que le había dado un vuelco el corazón, que moriría pronto, que esa lápida era para ella. El joven se sintió helado a su vez. Sin embargo, consiguió avergonzar a la niña. ¡Cómo! ¡Ella, tan valiente, soñaba con tales chiquilladas! Acabaron riéndose. Después evitaron volver a hablar de eso. Pero en las horas de melancolía, cuando el cielo velado entristecía la vereda, Miette no podía dejar de nombrar a esa muerta, a esa Marie desconocida cuya tumba había facilitado tanto tiempo sus citas. Los huesos de la pobre joven quizá estaban aún allí. Una noche se le ocurrió la extraña fantasía de que Silvère volviera la lápida para ver lo que había debajo. Él se negó como si fuese un sacrilegio, y esa negativa alimentó las ensoñaciones de Miette sobre el querido fantasma que llevaba su nombre. Pretendía rotundamente que había muerto a su edad, a los trece años, en plena ternura. Se apiadaba incluso de la lápida, esa lápida a la que montaba tan ágilmente, donde se habían sentado tantas veces, lápida helada por la muerte y que habían caldeado con su amor. Añadía: -Ya verás, nos traerá desgracia... Yo, si tú murieras, vendría a morir aquí, y quisiera que colocaran ese bloque sobre mi cuerpo. Silvère, con un nudo en la garganta, la regañaba por pensar en cosas tristes. Fue así como durante cerca de dos años, se amaron en la estrecha vereda, en la ancha campiña. Su idilio atravesó las lluvias heladas de diciembre y las quemantes instigaciones de julio, sin deslizarse a la vergüenza de los amores comunes; conservó su encanto exquisito de cuento griego, su ardiente pureza, todos los balbuceos ingenuos de la carne que desea y que ignora. Los muertos, los mismos viejos muertos, susurraron vanamente en sus oídos. Y sólo se llevaron del viejo cementerio una tierna melancolía, el vago presentimiento de una vida corta. Una voz les decía que se irían, con sus ternuras vírgenes, antes de las bodas, el día en que quisieran entregarse el uno al otro. Sin duda fue allí, sobre la lápida sepulcral, en medio de las osamentas ocultas por las hierbas feraces, donde respiraron su amor a la muerte, ese áspero deseo de acostarse juntos en la tierra que los hacía balbucir al borde del camino de Orchères, esa noche de diciembre, mientras las dos campanas se remitían sus llamadas quejumbrosas. Miette dormía apacible, la cabeza sobre el pecho de Silvère, mientras éste soñaba en las citas lejanas, en los hermosos años de continuo encanto. Al alba la niña se despertó. Ante ellos, el valle se extendía muy claro bajo el cielo blanco. El sol estaba aún detrás de los collados. Una claridad de cristal, límpida y helada como agua de manantial, fluía de los horizontes pálidos. A lo lejos, el Viorne, como una cinta de satén blanco, se perdía entre tierras rojas y amarillas. Era un panorama sin límites, mares grises de olivos, viñedos semejantes a grandes piezas de tela rayada, toda una comarca agrandada por la nitidez del aire y la paz del frío. El viento que soplaba con cortas brisas había helado el rostro de los niños. Se levantaron vivamente, remozados, felices de la blancura de la mañana. Y como la noche se había llevado sus asustadas tristezas, miraban con ojos fascinados el círculo inmenso de la llanura, escuchaban los tañidos de las dos campanas, que les parecían sonar alegremente en el alba de un día de fiesta. -¡Ah, qué bien he dormido! -exclamó Miette-. He soñado que me besabas... ¿Dime, me has besado? -Es muy posible -respondió Silvère riendo-. No tenía calor. Hace un frío

de perros. -Yo sólo tengo frío en los pies. -¡Pues bien, corramos!... Aún nos quedan dos leguas largas. Te calentarás. Y bajaron por la ladera, alcanzaron el camino corriendo. Después, cuando estuvieron abajo, levantaron la cabeza, como para decir adiós a aquella roca en la cual habían llorado, quemándose los labios con un beso. Pero no volvieron a hablar de aquella caricia ardiente que había puesto en su ternura una necesidad nueva, todavía vaga, y que no se atrevían a formular. Ni siquiera se cogieron del brazo, con el pretexto de andar más deprisa. Y caminaban alegremente, un poco confusos, sin saber por qué, cuando se les ocurría mirarse. En torno a ellos la luz aumentaba. El joven, a quien su patrón enviaba a veces a Orchères, elegía sin vacilar los mejores senderos, los más directos. Recorrieron así más de dos leguas, por caminos encajonados, a lo largo de setos y de muros interminables. Miette acusaba a Silvère de haberla extraviado. A menudo, durante cuartos de hora enteros, no veían ni un trozo de la región, percibían solo, por encima de los muros y los setos, largas filas de almendros cuyas entecas ramas se destacaban sobre la palidez del cielo. Bruscamente desembocaron justo enfrente de Orchères. Grandes gritos de gozo, algarabía de muchedumbre llegaban hasta ellos, claros en el aire límpido. La banda insurrecta acababa de entrar en la ciudad. Miette y Silvère penetraron en ella con los rezagados. Nunca habían visto semejante entusiasmo. En las calles, parecía día de procesión, cuando el paso del palio pone en las ventanas las colgaduras más bellas. Se festejaba a los insurgentes como se festeja a unos liberadores. Los hombres los abrazaban, las mujeres les llevaban víveres. Y había, en las puertas, viejos que lloraban. Alegría muy meridional que se desahogaba de forma ruidosa, cantando, bailando, gesticulando. Cuando Miette pasaba, la arrastró una inmensa farándula que giraba en la Plaza Mayor. Silvère la siguió. Sus ideas de muerte, de desaliento, estaban lejos en esa hora. Quería batirse, por lo menos vender cara su vida. La idea de la lucha lo embriagaba de nuevo. Soñaba con la victoria, con una vida feliz con Miette, en la gran paz de la República universal. Esta fraternal recepción de los habitantes de Orchères fue la última alegría de los insurgentes. Pasaron el día con una confianza radiante, con una esperanza sin límites. Los prisioneros, el comandante Sicardot, los señores Garçonnet, Peirotte y los demás, a quienes habían encerrado en una sala del ayuntamiento, cuyas ventanas daban a la Plaza Mayor, miraban con espantada sorpresa aquellas farándulas, aquellas grandes corrientes de entusiasmo que pasaban ante ellos. -¡Qué bribones! -murmuraba el comandante, apoyado en la barandilla de una ventana, como en el terciopelo de un palco del teatro-. ¡Y pensar que no vendrá una o dos baterías para limpiar a toda esta canalla! -Después divisó a Miette, y agregó, dirigiéndose al señor Garçonnet-: Mire, señor alcalde, a esa chicarrona de rojo, allá abajo. Es una vergüenza. Han traído a sus furcias consigo. A poco que esto continúe, vamos a presenciar lindas cosas. Garçonnet movía la cabeza, hablando de las «pasiones desencadenadas» y del «peor día de nuestra historia». El señor Peirotte, blanco como el papel, callaba; abrió una sola vez los labios, para decirle a Sicardot, que continuaba despotricando amargamente: -¡Más bajo, caballero! Va a conseguir que nos maten. La verdad era que los insurgentes trataban a esos señores con la mayor blandura. Incluso mandaron servirles, por la noche, una excelente cena. Pero, para medrosos como el recaudador particular, semejantes atenciones resultaban horribles: los insurgentes sólo los estaban tratando tan bien con objeto de encontrarlos más gordos y más tiernos el día en que se los comieran. Al crepúsculo, Silvère se encontró cara a cara con su primo, el doctor Pascal. El sabio había seguido a la tropa a pie, charlando en medio de los obreros, que lo veneraban. Al principio se había esforzado por apartarlos de la lucha; después, como ganado por sus discursos: -Quizá tengáis razón, amigos míos -les había dicho con su sonrisa de cariñoso indiferente-; pelead, aquí estoy yo para componeros los brazos y las piernas. Y por la mañana se había puesto tan tranquilo a recoger cantos y plantas a lo largo del camino. Se desesperaba por no haberse llevado su martillo de geólogo y su caja de herborista. A esas horas, sus bolsillos, llenos de piedras, reventaban, y su maletín, que llevaba bajo el brazo, dejaba asomar haces de largas hierbas. -Vaya, ¡eres tú, hijo mío! -exclamó al divisar a Silvère-. Creía que yo era aquí el único de la familia. Pronunció estas últimas palabras con cierta ironía, chanceándose suavemente de los manejos de su padre y del tío Antoine. Silvère estuvo encantado de encontrar a su primo; el doctor era el único de los Rougon que le estrechaba la mano en la calle y que le mostraba una sincera amistad. Por eso, al verlo cubierto aún por el polvo del camino, y creyéndolo ganado para la causa republicana, el joven demostró viva alegría. Le habló de los derechos del pueblo, de su santa causa, de su triunfo seguro, con énfasis juvenil. Pascal lo escuchaba sonriente; examinaba con curiosidad sus gestos, los juegos ardientes de su fisonomía, como si estuviera estudiando un sujeto, disecado con entusiasmo, para ver lo que había en el fondo de aquella fiebre generosa -¡Cómo te pones! ¡Cómo te pones! ¡Ah, eres nieto de tu abuela! -Y añadió, en voz baja, con el tono de un químico que toma notas-: Histeria o entusiasmo, locura vergonzosa o locura sublime. ¡Siempre esos nervios del demonio! -Después concluyó en alto, resumiendo su pensamiento-: La familia está completa -prosiguió-. Tendrá un héroe. Silvère no lo había oído. Seguía hablando de su querida República. A unos pasos, Miette se había detenido, vestida siempre con su gran pelliza roja; ya no se separaba de Silvère, habían recorrido la ciudad cogidos del brazo. Aquella chicarrona roja acabó por intrigar a Pascal; interrumpió bruscamente

a su primo y le preguntó: -¿Quién es esa niña que está contigo? -Es mi mujer -respondió gravemente Silvère. El doctor abrió mucho los ojos. No comprendió. Y como era muy tímido con las mujeres, dirigió a Miette, al alejarse, un amplio sombrerazo. La noche fue inquieta. Un viento de desdicha pasó sobre los insurgentes. El entusiasmo, la confianza de la víspera se vieron como arrastrados por las tinieblas. Por la mañana, los rostros estaban sombríos; había intercambios de miradas tristes, largos silencios de desaliento. Corrían rumores pavorosos; las malas noticias, que los jefes habían conseguido ocultar desde la víspera, se habían difundido sin que nadie hubiera hablado, apuntadas por esa boca invisible que lanza de un soplo el pánico entre las multitudes. Unas voces decían que París estaba vencido, que la provincia había tendido los pies y los puños; y esas voces añadían que numerosas tropas salidas de Marsella, a las órdenes del coronel Masson y del señor de Blériot, el prefecto del departamento, avanzaban a marchas forzadas para destruir a las bandas insurrectas. Se produjo un derrumbamiento, un despertar lleno de cólera y desesperación. Esos hombres, que la víspera ardían de fiebre patriótica, sintieron escalofríos con el gran frío de la Francia sometida, vergonzosamente arrodillada. ¡Sólo ellos habían tenido, pues, el heroísmo del deber! Estaban, en ese momento, perdidos en medio del espanto de todos, en el silencio de muerte del país; se convertían en rebeldes; iban a cazarlos a tiros de fusil, como a bestias feroces. ¡Y habían soñado con una gran guerra, la revuelta de un pueblo, la conquista gloriosa del derecho! Entonces, ante tal derrota, ante tal abandono, aquel puñado de hombres lloró por su fe muerta, por su sueño de justicia desvanecido. Los hubo que, insultando a Francia entera por su cobardía, tiraron sus armas y fueron a sentarse al borde de los caminos; decían que esperarían allí las balas de la tropa, para demostrar como morían los republicanos. Aunque esos hombres no tenían ante sí sino el exilio o la muerte, hubo pocas deserciones. Una admirable solidaridad unía a aquellas bandas. La cólera se volvió contra los jefes. Éstos eran realmente incapaces. Se habían cometido faltas irreparables; y ahora, abandonados, sin disciplina, apenas protegidos por unos cuantos centinelas, a las órdenes de hombres irresolutos, los insurgentes se hallaban a merced de los primeros soldados que se presentaran. Pasaron dos días más en Orchères, el martes y el miércoles, perdiendo el tiempo, agravando su situación. El general, el hombre del sable que Silvère había mostrado a Miette en la carretera de Plassans, vacilaba, abrumado por la terrible responsabilidad que pesaba sobre él. El jueves juzgó que decididamente la posición de Orchères era peligrosa. Hacia la una, dio la orden de partida, condujo a su pequeño ejército hasta las alturas de Sainte-Roure. Ésta era, por lo demás, una posición inexpugnable, para quien hubiera sabido defenderla. Sainte-Roure escalona sus casas sobre el flanco de una colina; detrás de la ciudad, enormes bloques de rocas cierran el horizonte; sólo se puede subir a esta especie de ciudadela por la llanura de Nores, que se ensancha al pie de la meseta. Una explanada, convertida en un paseo, plantado de soberbios olmos, domina la llanura. Fue en esa explanada donde acamparon los insurgentes. Los rehenes tuvieron por prisión un hotel, la posada de La Mula Blanca, situada en el centro del paseo. La noche transcurrió pesada y negra. Se habló de traición. Por la mañana, el hombre del sable, que no se había cuidado de tomar las más simples precauciones, pasó revista. Los contingentes estaban alineados, dando la espalda a la llanura, con la extraña confusión de sus ropas, chaquetas pardas, gabanes oscuros, blusas azules ajustadas por cinturones rojos; las armas, disparatadamente mezcladas, relucían al sol claro, las hoces recién afiladas, las anchas palas de cavador, los cañones bruñidos de las escopetas de caza. Entonces, en el momento en que el improvisado general pasaba a caballo ante el pequeño ejército, un centinela a quien habían olvidado en un campo de olivos, acudió gesticulando, gritando: -¡Los soldados! ¡Los soldados! Se produjo una emoción indecible. Se pensó primero en una falsa alarma. Los insurgentes, olvidados de toda disciplina, se lanzaron hacia delante, corrieron al extremo de la explanada, para ver a los soldados. Se rompieron filas. Y cuando la línea oscura de la tropa apareció, correcta, con el ancho centelleo de las bayonetas, tras la cortina grisácea de los olivos, hubo un movimiento de retroceso, una confusión que llevó un escalofrío de pánico de un extremo a otro de la meseta. Sin embargo, en el centro del paseo, La Palud y Saint-Martin-de-Vaulx se habían vuelto a formar, se mantenían feroces y en pie. Un leñador, un gigante cuya cabeza descollaba entre las de sus compañeros, gritaba, agitando su corbata roja: -¡A nosotros Chavanoz, Graille, Poujols, Saint-Eutrope! ¡A nosotros Les Tulettes! ¡A nosotros Plassans! Grandes corrientes de gentío cruzaban la explanada. El hombre del sable, rodeado por la gente de Faverolles, se alejó, con varios contingentes del campo, Vernoux, Corbière, Marsanne, Pruinas, para rodear al enemigo y cogerlo por el flanco. Otros, Valqueyras, Nazères, Castel-le-Vieux, Les Roches Noires, Murdaran, se lanzaron a la izquierda, se dispersaron en guerrilla por la llanura de Nores. Y mientras el paseo se vaciaba, las ciudades, los pueblos que el leñador había llamado en su ayuda se reunían, formaban bajo los olmos una masa oscura, irregular, agrupada al margen de todas las reglas de la estrategia, pero que había rodado hasta allá, como un bloque, para cortar el camino o morir. Plassans se encontraba en el medio de ese batallón heroico. En el tono gris de las blusas y de las chaquetas, en el resplandor azulado de las armas, la pelliza de Miette, que sostenía la bandera con las dos manos, ponía una ancha mancha roja, una mancha de herida fresca y sangrante. Hubo bruscamente un gran

silencio. En una de las ventanas de La Mula Blanca apareció la cabeza macilenta del señor Peirotte. Hablaba, hacía gestos. -Entre, cierre los postigos -gritaron los insurgentes furiosamente-, va a conseguir que lo maten. Los postigos se cerraron a toda prisa, y ya sólo se oyeron los pasos cadenciosos de los soldados que se acercaban. Transcurrió un minuto interminable. La tropa había desaparecido; estaba escondida en un repliegue del terreno, y pronto los insurgentes divisaron, por el lado de la llanura, a ras del suelo, puntas de bayonetas que brotaban, crecían, oscilaban bajo el sol naciente, como un trigal de espigas de acero. Silvère, en ese momento, con la fiebre que lo sacudía, creyó ver pasar ante él la imagen del gendarme cuya sangre le había manchado las manos; sabía, por los relatos de sus compañeros, que Rengade no había muerto, que tenía simplemente un ojo reventado; y lo distinguía claramente, con su órbita vacía, sangrante, horrible. La idea aguda de aquel hombre, en quien no había vuelto a pensar desde su salida de Plassans, le resultó insoportable. Temió tener miedo. Apretaba violentamente su carabina, los ojos velados por una niebla, ansioso por descargar su arma, por expulsar la imagen del tuerto a tiros. Las bayonetas seguían subiendo lentamente. Cuando las cabezas de los soldados aparecieron al borde de la explanada, Silvère, con un movimiento instintivo, se volvió hacia Miette. Allí estaba, crecida, con el rostro rosado, entre los pliegues de la bandera roja; se alzaba de puntillas para ver a la tropa; una espera nerviosa hacía latir las aletas de su nariz, mostraba sus dientes blancos de lobo joven entre la rojez de sus labios. Silvère le sonrió. Y aún no había vuelto la cabeza cuando estalló una descarga. Los soldados, de quienes todavía sólo se veían los hombros, acababan de hacer fuego por primera vez. Le pareció que un gran viento pasaba sobre su cabeza, mientras una lluvia de hojas cortadas por las balas caía de los olmos. Un ruido seco, similar al de una rama muerta que se rompe, le llevó a mirar a su derecha. Vio en tierra al alto leñador, aquel cuya cabeza descollaba entre las de los otros, con un agujerito negro en medio de la frente. Entonces descargó su carabina frente a sí, sin apuntar, después cargó, tiró de nuevo. Y esto, siempre, como furibundo, como un animal que no piensa en nada, que se apresura a matar. Ni siquiera distinguía a los soldados: bajo los olmos flotaban humos, similares a jirones de muselina gris. Las hojas seguían lloviendo sobre los insurgentes, la tropa tiraba demasiado alto. A veces, entre los ruidos desgarradores del tiroteo, el joven oía un suspiro, un estertor sordo; alguien daba en la pequeña banda un empujón, como para dejar sitio a los desdichados que caían aferrándose a los hombros de sus vecinos. Durante diez minutos, el fuego prosiguió. Después, entre dos descargas, un hombre gritó: «¡Sálvese quien pueda!» con un terrible acento de terror. Hubo gruñidos, murmullos de rabia, que decían: «¡Qué cobardes! ¡Oh, qué cobardes!». Corrían frases siniestras: el general había huido; la caballería acuchillaba a los tiradores dispersos por la llanura de Nores. Y los disparos no cesaban, partían irregulares, rayando el humo con brascas llamas. Una voz ruda repetía que había que morir allí. Pero la voz asustada, la voz del terror, gritaba más fuerte: «¡Sálvese quien pueda! ¡Sálvese quien pueda!». Algunos hombres huyeron, arrojando sus armas, saltando por encima de los muertos. Los otros cerraron filas. Quedó una decena de insurgentes. Dos más emprendieron la huida; y, de los otros ocho, a tres los mataron de un disparo. Los dos niños se habían quedado maquinalmente, sin entender nada. A medida que el batallón disminuía, Miette elevaba más la bandera; la sostenía, como un gran cirio, ante sí, con los puños cerrados. Estaba acribillada a balas. Cuando a Silvère no le quedaron ya cartuchos en los bolsillos, dejó de disparar y miró su carabina con aire de pasmo. Fue entonces cuando una sombra pasó sobre su cara como si un ave colosal hubiera rozado su frente con un batir de alas. Y alzando los ojos, vio la bandera que caía de las manos de Miette. La niña, con los dos puños apretados sobre el pecho, la cabeza hacia atrás, con una atroz expresión de sufrimiento, giraba lentamente sobre sí misma. No lanzó un grito; se abatió hacia atrás, sobre el lienzo rojo de la bandera. -Levántate, date prisa -dijo Silvère tendiéndole la mano, perdida la cabeza. Pero ella seguía en el suelo, con los ojos muy abiertos, sin decir una palabra. El comprendió, cayó de rodillas-. ¿Estás herida, dime? ¿Dónde estás herida? -Ella seguía sin decir nada; se ahogaba; lo miraba con sus ojos agrandados, sacudida por cortos escalofríos. Entonces él le apartó las manos-. Es ahí, ¿no? Es ahí. Y rasgó su blusa, le desnudó el pecho. Buscó, no vio nada. Sus ojos se llenaban de lágrimas. Después, bajo el seno izquierdo, distinguió un agujerito rosa; una sola gota de sangre manchaba la herida-. No será nada -balbucía-; voy a ir a buscar a Pascal, él te curará. Si pudieras levantarte... ¿No puedes levantarte? Los soldados ya no disparaban; se habían lanzado hacia la izquierda, sobre los contingentes guiados por el hombre del sable. En el centro de la explanada vacía, sólo estaba Silvère arrodillado ante el cuerpo de Miette. Con la testarudez de la desesperación, la había cogido en sus brazos. Quería ponerla de pie; pero la niña tuvo tal sacudida de dolor que volvió a acostarla. Le suplicaba: -Háblame, por favor. Por qué no me dices nada? Ella no podía. Agitó las manos, con un movimiento suave y lento, para decir que la culpa no era suya. Sus labios apretados se adelgazaban ya bajo el dedo de la muerte. Con el pelo suelto, la cabeza envuelta en los pliegues sangrantes de la bandera, lo único vivo en ella eran sus ojos, unos ojos negros, que brillaban en su rostro blanco. Silvère sollozó. Las miradas de esos grandes ojos afligidos le hacían daño. Veía en ellos una inmensa añoranza de la vida. Miette le decía que partía sola, antes de la boda, que se iba sin ser su mujer; le decía también que era él quien así lo había querido,

que habría debido amarla como todos los chicos aman a las chicas. En su agonía, en aquella lucha ruda que su naturaleza sanguínea entablaba con la muerte, lloraba por su virginidad. Silvère, inclinado sobre ella, comprendió los sollozos amargos de esa carne ardiente. Oyó a lo lejos las instigaciones de las viejas osamentas; recordó las caricias que habían quedado en sus labios, de noche, al borde de la carretera; ella se colgaba de su cuello, le pedía todo el amor, y él, él no había sabido, la había dejado marcharse doncella, desesperada por no haber saboreado las voluptuosidades de la vida. Entonces, desolado al verla llevarse sólo de él un recuerdo de escolar y de buen compañero, besó su pecho de virgen, aquellos senos puros y castos que acababa de descubrir. Ignoraba aquel busto estremecido, aquella pubertad admirable. Sus lágrimas le bañaban los labios. Pegaba su boca sollozante a la piel de la niña. Esos besos de amante pusieron una última alegría en los ojos de Miette. Se amaban, y su idilio se desenlazaba en la muerte. Pero él no podía creer que fuera a morir. Decía: -No, vas a ver, no es nada... No hables, si sufres... Espera, voy a levantarte la cabeza; después te calentaré, tienes las manos heladas. El tiroteo se reanudaba, a la izquierda, en los campos de olivos. De la llanura de Nores ascendían sordos galopes de la caballería. Y a veces se oían grandes gritos de hombres degollados. Llegaban humos espesos, se arrastraban bajo los olmos de la explanada. Pero Silvère ya no oía, ya no veía. Pascal, que bajaba corriendo hacia la llanura, lo divisó, tendido en tierra, y se acercó, creyéndolo herido. En cuanto el joven lo hubo reconocido, se aferró a él. Le mostraba a Miette. -Mire -decía-, está herida, ahí, bajo un pecho... ¡Ah!, qué bueno es al haber venido; la salvará. En ese momento la moribunda tuvo una ligera convulsión. Una sombra dolorosa pasó por su rostro y, de sus labios apretados, que se abrieron, salió un pequeño soplo. Sus ojos, muy abiertos, quedaron clavados en el joven. Pascal, que se había inclinado, se levantó diciendo a media voz: -Está muerta. ¡Muerta! La palabra hizo tambalearse a Silvère. Se había vuelto a poner de rodillas; cayó sentado, como derribado por el pequeño soplo de Miette. -¡Muerta! ¡Muerta! -repitió-, no es cierto, me mira... Ya ve usted que me mira. Y agarró al médico por la ropa, conjurándole a que no se fuera, afirmando que se equivocaba, que no estaba muerta, que la salvaría, si quería. Pascal luchó suavemente, diciendo con su voz afectuosa: -Nada puedo hacer ya, otros me esperan... Déjame, pobre chiquillo; está muerta y bien muerta. Soltó su presa, se desplomó. ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Otra vez esa palabra, que sonaba fúnebre en su cabeza vacía! Cuando estuvo solo, se arrastró junto al cadáver. Miette seguía mirándolo. Entonces se arrojó sobre ella, hundió la cabeza en el pecho desnudo, bañó su piel con sus lágrimas. Fue un arrebató. Posaba furiosamente los labios sobre la redondez naciente de los senos, le insuflaba en un beso toda su llama, toda su vida, como para resucitarla. Pero la niña se enfriaba bajo sus caricias. Sentía que aquel cuerpo inerte se abandonaba en sus brazos. Le asaltó el espanto; se acucilló; con cara trastornada, los brazos colgantes, y se quedó allí, atónito, repitiendo: -Está muerta, pero me mira; no cierra los ojos, me sigue viendo. Esta idea lo llenó de una gran dulzura. No volvió a moverse. Intercambió con Miette una larga mirada, leyendo aún en aquellos ojos que la muerte volvía más profundos, las últimas añoranzas de la niña que lloraba por su virginidad. Mientras tanto, la caballería seguía acuchillando a los fugitivos, en la llanura de Nores; los galopes de los caballos, los gritos de los moribundos, se alejaban, se dulcificaban, como una música remota, traída por el aire límpido. Silvère ya no sabía que se luchaba. No vio a su primo, que subía la pendiente y atravesaba de nuevo el paseo. Al pasar, Pascal recogió la carabina de Macquart, que Silvère había tirado; la conocía por haberla visto colgada de la chimenea de tía Dide, y pensaba en salvarla de manos de los vencedores. Apenas había entrado en la posada de La Mula Blanca, a donde habían llevado gran número de heridos, cuando una oleada de insurgentes, a los que la tropa daba caza como a un rebaño de animales, invadió la explanada. El hombre del sable había huido; eran los últimos contingentes del campo, acosados. Hubo allí una espantosa matanza. El coronel Masson y el prefecto, el señor de Blériot, apiadados, ordenaron en vano la retirada. Los soldados, furiosos, continuaban disparando a los montones, clavando a los fugitivos contra las murallas a bayonetazos. Cuando no tuvieron más enemigos por delante, acribillaron a balas la fachada de La Mula Blanca. Los postigos saltaban en pedazos; una ventana, que estaba entreabierta, fue arrancada con un estruendo resonante de vidrios rotos. Voces lastimeras gritaban en el interior: «¡Los prisioneros! ¡Los prisioneros!» Pero la tropa no oía, seguía tirando. Se vio, en cierto momento, al comandante Sicardot, exasperado, aparecer en el umbral, hablar agitando los brazos. A su lado, el recaudador particular, Peirotte, mostró su menuda estatura, su rostro espantado. Hubo todavía una descarga y el señor Peirotte cayó al suelo, de narices, como una masa. Silvère y Miette se miraban. El joven había permanecido inclinado sobre la muerta, en medio del tiroteo y de los aullidos de agonía, sin volver siquiera la cabeza. Sintió solamente hombres a su alrededor, lo invadió un sentimiento de pudor: echó los pliegues de la bandera roja sobre Miette, sobre su pecho desnudo. Después continuaron mirándose. Pero la lucha había acabado. La muerte del recaudador particular había saciado a los soldados. Unos hombres corrían, explorando todos los rincones de la explanada, para no dejar escapar a un solo insurgente. Un gendarme, que divisó a Silvère bajo los árboles, corrió allá, y viendo que tenía que habérselas con un niño: -¿Qué haces ahí, galopín? -Le preguntó.

Silvère, los ojos en los ojos de Miette, no respondió-. ¡Ah, qué bandido, tiene las manos negras de pólvora! - exclamó el hombre, que se había bajado-. ¡Vamos, en pie, canalla! Verás lo que te espera. -Y como Silvère, sonriendo vagamente, no se movía, el hombre se percató de que el cadáver que se encontraba allí, en la bandera, era un cadáver de mujer-. ¡Guapa chica, lástima! -murmuro--. Tu amante, ¿eh? ¡Crápula! -Después agregó, con una risa de gendarme-. ¡Vamos, en pie!... Ahora que está muerta, no querrás acostarte con ella. Tiró violentamente de Silvère, lo puso en pie, se lo llevó como a un perro al que arrastran de una pata. Silvère se dejó arrastrar, sin una palabra, con una obediencia de niño. Se volvió, miró a Miette. Le desesperaba dejarla completamente sola, bajo los árboles. La vio de lejos, por última vez. Permanecía allí, casta, en la bandera roja, con la cabeza levemente inclinada, con sus grandes ojos que miraban al vacío. (*mob tours Buffalo ny*).

Audiolibro La Fortuna De Los Rougon Mile Zola Cap Tulo V

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>